BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO XXIX. Diciembre, 1896. CUADERNO VI.

INFORMES.

I.

PÉRDIDA DE LA CIUDAD DE BUGÍA, EN ÁFRICA, AÑO 1555, REFERIDA POR UN CLÉRIGO VIZCAÍNO, TESTIGO DE VISTA.

Bugía, la *Bugeija* de los árabes, plaza fuerte situada en la costa de Berbería, en terreno áspero, al pié de una montaña, con puerto que servía de refugio á los corsarios, fué sorprendida y conquistada el año 1510 por el Conde Pedro Navarro, aprovechando la división que trabajaba á los jeques marroquíes. Por dos veces trató de recuperarla el famoso Oruch, Barbarroja, poniéndola sitio en 1514 y 1515; pero aunque verificó lo que tanto se ha aplaudido á otros capitanes insignes; aunque quemó las naves, queriendo comunicar su espíritu á los soldados; aunque destruyó el castillo del puerto, cegó los fosos y abrió brecha de cien varas en el de la ciudad, atacando furiosamente con inmensa morisma, en las dos ocasiones fracasó, alcanzando tan sólo ser nombrado desde entonces *Barbarroja el del brazo cortado,* por el que perdió á resultas de herida de bala de falconete.

En el puerto de Bugía se guareció el Emperador Carlos V tras de la jornada de Argel, y allí vió acabar el año de 1541 sufriendo tremenda borrasca de la que, ni él, ni hombre de su compañía, creyeron escapar.

Salah-reis, bajá de Argel, volvió á sitiarla en 1555, llevando 40.000 hombres de ejército y 22 bajeles, y consiguió rendirla, porque la defensa no fué como las anteriores. Relación del cerco y capitulación, escrita por testigo de vista, existe en la Biblioteca del Escorial entre los papeles del Dr. Juan Paez de Castro, coronista del Rey D. Felipe II (signatura iij &. 23), en la forma que sigue:

«Esta es una breve y verdadera narración que hizo un sacerdote natural vizcaino que pasaba en Roma en el galeón de S. M. que fue á proveer y llevar la paga de Bugía y la Goleta por el mes de Agosto de 1555 años y se halló en aquella fuerza de Bugía al tiempo que fué entregada á los turcos, enemigos de nuestra santa fe católica y en ella pone algunas cosas señaladas que allí acaecieron antes que la cercasen los turcos y después estando cercada, hasta que se perdió, y por no ser plático en la manera de su decir, suplica á los que lo quisieren leer suplan con su saber la torpedad de su escrebir, porque su intención no ha sido más de decir verdad, porque algunos han querido escrebir errores y lo que no pasó, por causas que les mueven, y porque la verdad de todo se supiese, hízola con mucha diligencia, así de lo que vido, como informándose de personas que entendió que sin pasión ni afición, así en Bugía como en Argel, habían de decir la verdad, porque hacer relación de otra cosa de lo que allí pasó sería gran cargo de conciencia, la cual puso en la forma siguiente:

De cómo el galeón de S. M. llegó á Bugía, y de lo que llevaba, y qué personas iban en él.

Dice el autor que en xiiij días del mes de Agosto de 1555 años llegó á Bugía el galeón de S. M. y llevaría trecientos hombres soldados, docientos para la Goleta y los ciento para Bugía, y llevaba, según decían el capitán del galeón y otros que iban en él, lxvi mil rs. para la paga de las dichas Bugía y Goleta, y llevaba harina y aceite y otros bastimentos, y pólvora y pelotas, y mosquetes y arcabuces y celadas y otras cosas para provisión y

defensa de Bugía y la Goleta, y en este galeón iba Luis Godínez, que decían que era de Valladolid, y llevaba en su compañía un letrado y un escribano y un alguacil y otros mozos. Este iba á Bugía por juez y visitador por mandado de S. M. según se decía. También iba allí Domingo de Alcibar, pagador de Bugía, y cinco ó seis soldados que pasaban á Italia en el galeón, y más el capitán y gente ordinaria del galeón, el cual iba muy bien artillado y bien en orden y buena gente.

Podría haber xv días, poco más ó menos, que el galeón de S. M. era arribado á Bugía, estando la gente de caballo con el capitán en la Casa del Rey apacientando cierto ganado que había para provisión de la gente de Bugía, llegó allí un moro de los de paz y dió aviso al capitán diciendo como certísimo, el Rey de Argel venía sobre Bugía con mucha gente y gruesa artillería, por eso, que se pusiese á recaudo, y dicho esto se tornó por el río de la Casa del Rey arriba.

Habiéndose enterado el Sr. D. A.° Carrillo de Peralta, que á la sazón estaba por alcaide y capitán de Bugía, acabado de comer, hizo llamar á todos los más principales que había en Bugía, que fueron los siguientes: Bartolomé Lavado, natural de Avila, que estaba por teniente de veedor; Alonso Sanchez Crespo, natural de Córdoba, capitán del campo, y á todos los cabos de escuadra y oficiales de la guerra, y á Luis Godínez, que ya tenía tomadas las varas de justicia, con sus oficiales, y á Ochoa de Çalaya, que estaba por teniente de pagador; éste era vizcaino y buena persona; y á Felipe de Pamenes, que era montañés, según se decía, y otros escuderos honrados y buenas personas, y como fueron juntos les declaró el aviso que el moro le había traído de la venida del Rey, diciendo que todo debía ser burla, y que ya que viniese no les podria dañar, y allí comenzaron algunos á decir que ojalá fuese venido, y otros decían, «pues yo por mi parte no me contentaré con matar cada día media docena», y otros, «pues yo por mi parte defenderé mi portillo», de suerte que cada uno hacía del esforzado todo lo posible, aunque después, al tiempo del menester, todos los más perdieron aquel orgullo y valentía que mostraban después de haber bien comido.

Después que todos hubieron dicho y referídose como arriba

está declarado, el Contador, que hasta entonces había callado, dijo: «Mucho placer he habido, señores, de ver cómo todos mostrais buenos ánimos; plegue a Dios que duren esas ganas que mostrais; bien parece, señores, que no habeis visto las orejas al lobo como yo, que tan osadamente hablais y prometeis que hareis y acontecereis; pues yo os prometo que si el rey viniese, como dicen, á pocas vueltas os parecería muy al revés de lo que agora»; y entonces dijo el capitán: «Plegue á nuestro Señor hacerme tanta merced que siendo yo capitán de Bugía venga el Rey de Argel sobre mí, porque pensaria ganar más honra que todo mi linage»; y entonces dijo el contador Pamenes, «Plegue á nuestro Señor que primero se le lleve el diablo que acá venga; porque de su venida antes nos podria venir daño que provecho; porque al fin es Rey, y si quisiese, las piedras se levantarían contra nosotros, y v. m. no tenga en poco ésto, antes debe prevenirse y hacerlo saber en España, por sí ó por no, pues en ello se podría aventurar á perder poco y ganar mucho». En esto pasaron muchas razones, y en fin, el Capitán dijo al Contador que no hablase más en ello, que todo sería nada, y que no había necesidad de enviar navío á España sin ver por qué; y este parecer dió el teniente de veedor y los otros, y vimos que el Contador se fué de allí melancólico porque no se había tomado su voto y hecho poco caso de su parecer.

Cuatro ó cinco dias antes que el Rey viniese sobre Bugía vino aviso al Capitán, cómo en la isla de los Pisanos, que es á tres leguas de Bugía, habían parecido trece navíos de remos, gruesos, y unos dos navíos de alto bordo, y respondió que debían ser navíos de Argel que iban á Levante como otras veces solían pasar y es verdad que nunca el capitán de Bugía tuvo por cierto que el Rey de Argel viniese sobre Bugía como vino, y tan descuidado estaba y no creible de su venida, que el mismo día que el Rey llegó, que fué día de Nuestra Señora de Septiembre, tenía concertado de jugar cañas con todos los que allí estaban, no obstante los avisos que le daban de la venida del Rey.

Agora es de saber que como está dicho, venido el día de Nuestra Señora de Setiembre el capitán de Bugía con su gente tenía concertado de jugar cañas, y para ello tenían sus divisas y apa-

rejos para salir al juego galanamente, porque era mancebo y muy regocijado y buen hombre por su persona, y en tal posesión estaba por haberle visto pelear con los moros, y se mostraba animoso para con ellos.

Agora dice el autor que venido el día de Nuestra Señora de Septiembre, por la mañana parecieron á la boca del río grande, que es á tres cuartos de legua de Bugía, dos galeras, levados los remos; y luego se juntaron en casa del Capitán algunos caballeros, y entre ellos el contador Pamenes, el cual dijo al Capitán, que aún no era levantado, como aquellos dos navíos estaban allí y que él tenía por cierto la venida del Rey y que aquellos dos navíos debían de haber venido delante para ver la entrada del río, y como hombres de guerra venían á mirar la disposición de la tierra, y esto era muy de mañana, y así el Capitán se levantó y todavía no podía creer que el Rey venía, y decía que dado caso que viniese, no le podía tomar en mejor tiempo que entonces, porque tenía mucha gente y mucho dinero y todo lo que más convenía para defenderse de sus enemigos.

Estando así mirando aquellos dos navíos, á las ocho horas de la mañana, comenzó de asomar gente de á caballo por el angostura, hacia el vado, todos los más vestidos de albornoces blancos, y entonces dijo el contador Pamenes: «Por mi fe, señor Capitán, que me parece que no nos faltará hoy quien nos desparte en el juego de cañas, y aun quien nos estorbe entrar en él,» y el Capitán dijo que no podía creer que el Rey viniese en persona, y que aquella gente debía ser de algún alcaide suyo que venía á dar vista á Bugía, y en ésto entraba mucha gente sin quebrar el hilo, y el Contador entonces dijo: «Espantado estoy de ver la incredulidad que tiene v. m. de la venida del Rey, pues yo juraría que esta gente es del Rey, y que él viene en persona, porque no hace jornada de guerra que él no se halle en ella; por ésto entendamos en ponernos en orden, y déjese el juego de cañas para otro día, porque, según veo, creo que todo lo habremos menester.» Y así se partieron de allí, y se mandó juntar toda la gente, y comenzaron á derrocar paredes y talar huertas que estaban junto á la muralla, las cuales estaban entre Bugía y el castillo Imperial, y estaban mandadas derrocar muchos días había por cédula

de S. M., y no se había hecho por causa que el capitán y teniente de veedor tenían allí sus huertas y pajares, y no se pudieron derrocar todas por entonces porque había otras cosas que remediar en que les iba más, y de estas huertas y paredes rescibió la gente mucho daño, porque los moros se ponían de mampuesto detrás de aquellas paredes y hacían gran daño á la gente de la fortaleza con las escopetas, á su salvo, porque de la fortaleza no podían ser vistos.

Tardó en entrar la gente que venía con el Rey hasta medio día, y mandó armar sus tiendas en el campo, junto al Higuerón, y de allí se levantó luego por el artillería de Bugía, que les hacía daño, y se fueron al Prado redondo y detrás del atalaya del Garrovo, y las dos galeras que habían parescido se salieron como fué de noche.

El segundo día que el Rey fué llegado á Bugía, luego por la mañana parescieron muchas tiendas de turcos armadas por la ladera de la Mata y de la atalaya del Garrovo, y mucha gente de pie y de caballo, y comenzaron los de Bugía á jugar el artillería y tirarles, y les hicieron ir de allí detrás de la Mata y bajar á las Pasadas, y otros se metieron en el arboleda de la vega.

Este día los moros de la tierra tomaron la sierra que está sobre Bugía y entraron en la cibdad vieja, y no pasó más que sea de contar, sino que el capitán de Bugía con su gente recogió todo lo que había en los aduares y huertas, en que había muchos puercos gordos y gallinas y leña y otras cosas, y todo lo metieron en la fortaleza, y se despachó una fragata á España á hacer saber cómo el Rey de Argel era venido y á pedir socorro.

El día tercero, luego por la mañana, parescio de la boca del río grande una naveta desmochada y quitadas las obras muertas, y otro navío redondo y ancho, y éstos, según después parescio, eran una nao y un pontón. Estos entraron de noche por miedo del galeón, en los cuales traía el Rey toda su artillería y municiones, y también parescieron dentro del río cuatro navíos de remos, como galeras. Este día, hacia la tarde, mandó el Rey que comenzasen á desembarcar el artillería con el pontón y unas ruedas, y sus ingenios, junto á la boca del río, y el Capitán con su gente entendía en poner recabdo en la defensa de Bugía lo mejor que podía, y proveer lo necesario.

El cuarto día por la mañana comenzaron de tirar con una pieza

gruesa desde la playa del río al galeón, que estaba entre los dos castillos, y tiraronle cinco ó seis pelotas, y ninguna le acertó, porque las unas no llegaban y las otras pasaban por alto, y así no le tiraron más aquel día, antes comenzaron á sacar el artillería por la vega, á brazo de cristianos cautivos y de moros, hasta la Casa del Rey, y desde Bugía les tiraban con el artillería, y muchas veces les hacían dejar el artillería en la vega, y de noche la llevaban, sin parar en toda la noche, por miedo de nuestra artillería, poniendo su guarda á la Puerta Quemada, y este día y otros cuatro siguientes se ocuparon en llevar el artillería y subirla por el repecho de la puerta de Santa Catalina, por detrás de la muralla vieja, que es harto cuesta arriba, hasta meterla dentro, en la ciudad vieja, detrás del castillo Imperial, trabajando en ello todas las noches, y de día todo lo que podían, y en este tiempo la cibdad vieja y la sierra estaban llenas de moros, y de noche quemaban cuantos aduares y pajares hallaban, y muchos de ellos entraron en las huertas del arrabal, y todo lo tenían ocupado.

En este tiempo vino un bergantín á Bugía, que estaba en España antes muchos días que el Rey viniese, y pasó á vista de los navíos de los turcos sin conocerse los unos á los otros, y fué maravilla no ser tomado de los turcos, y esto fué porque como los turcos vieron que el bergantín se entraba de día, sin apartarse de ellos, pensaron que era navío que venía de Argel y no curaron de saber qué navío era, y de ésto hubo el Rey gran enojo, y de allí adelante hacía tener la guardia á la boca de la Horadada, que es la entrada del puerto.

En este bergantín vino Tomás del Castillo, el cual había pasado en España á pedir que enviasen bastimentos y municiones, y estando allá vino el galeón á proveer. Este Tomás del Castillo era alférez de la gente de pie de Bugía, hombre de edad de XXVI años, poco más ó menos, y era natural de Huesca, de género de modéjares y moriscos, el cual era muy privado y querido del Capitán, y en quien él confiaba que en cualquiera afrenta que le viniese este Castillo había de ser principal valedor y defensor suyo, y á éste trataba mostrándole mucho amor y familiaridad, más que á ninguno, aunque después, al tiempo que le hubo menester, le halló más falto que á otros muchos.

El quinto día por la mañana parecieron trece navíos de remos, que eran cuatro galeras y nueve galeotas grandes, todos surtos en el río grande, de lo cual nos maravillábamos todos los de Bugía, porque pocos días antes que el Rey viniese apenas pudiera caber una barca por la boca de aquel río, y después no había llovido y parescía que Dios permitía que los navíos de los turcos pudiesen entrar en aquel río porque allí pudiesen estar más á su placer, y con todo ésto, si fuera Dios servido que vinieran veinte galeras de España de socorro, todos los trece navíos de los turcos se perdían, por estar metidos en el río, y el rey de Argel perdía toda su artillería y se volviera huyendo á Argel, según después se supo por mui cierto, y con pérdida de mucha gente, porque este rey de Argel era mal quisto de muchos renegados que había en su campo, y si ellos vieran venir algún socorro de cristianos, tenían concertado entre ellos de juntarse todos con los cristianos contra el Rey y despojarle del dinero y prenderle la persona.

Aquí pone el autor una relación que se halló en Argel en el Baño de los cautivos entre ciertos papeles escritos de la mano de Fr. Gregorio Manjarrés, vicario que había sido del monesterio de San Vicente Ferrer, de la orden de Predicadores, en Bugía, el cual ansimismo había entendido en hacer relación de lo que allí pasaba, cuyo tenor es el siguiente:

Después que el rey de Argel hubo metido sus trece navíos en el río de Bugía y comenzó á desembarcar su artillería, estando en la posada del capitán don Alonso de Peralta, alcaide y capitán de Bugía, hablaudo con él solo, llegó el contador Pamenes y le dijo: «Señor capitán, yo quería hablar con v. m. un poco en secreto; mas delante del Padre, debajo de sello de confisión, bien se podrá hablar,» y comenzó á decir desta manera: «Señor Capitán, yo veo que el Rey viene de hecho con su armada sobre Bugía, porque cada día después que llegó vemos que entra mucha gente y fardaje, tanto que toda la tierra tiene ocupada, y si este Rey tengo entendido que es sagáz en la guerra, porque él es hallado capitán del Turco en lo de Rodas y Castilnovo y Nápoles de Romanía y otras partes donde se ha señalado como buen hombre de guerra, y demás desto ha pasado en Fez y se la ha tomado al Gran Jerife estando él en defensa della con mucha

gente de caballo y de pie, y se la tomó por fuerza, que fué una gran cosa; no digo ésto para más de que para que v. m., no estimándolo en nada, no deje de apercibirse, como buen capitán, contra él, de todas las cosas que se pueden pensar para defensa de vuestra fortaleza, porque los hombres que no temen los peligros fácilmente caen en ellos, y el bien apercibido está medio combatido, de manera que á mí me paresce que la primera cosa que él ha de emprender en esta tierra ha de ser el castillo Imperial, y allí está por alcaide el Sr. D. Pedro de Peralta, vuestro primo, ques muy noble caballero, cortesano y bien sabio; mas con todo ésto no es hombre, á mi parecer, que hasta agora se haya visto en cosas de grandes afrentas, como ésta de agora podría ser, y los alcaides de las fortalezas de fronteras de enemigos se han de escoger que sean personas de mucha experiencia y esfuerzo, y tales que no teman la muerte en respecto de defender bien su fortaleza, porque en ellos está la llave de salvarla ó perderla, y no digo ésto porque en el señor don Pedro se haya conoscido falta agora; mas quisiera yo que antes de agora hobieran pasado por él otros negocios á éstos semejantes, porque el artillería del turco no espante sus oídos, como suele suceder á otros harto esforzados que no han visto las orejas del lobo, y lo mismo le podría acaescer á él, de lo que Dios nos guarde, y para remedio desto, si á v. m. le paresce, envíele á llamar como que le quiere para otro negocio en esta otra fortaleza, y mándeme á mí que entre tanto como alcaide vaya á estar en el castillo Imperial hasta tanto que él vuelva, e yo estaré allí y le guardaré como casa del Rey, aquien deseo hacer señalados servicios, y prometo á v. m., como hidalgo, que mientras yo fuere vivo, el rey de Argel ni su gente no me entrarán en él, y que con ayuda de nuestro Señor prencipalmente, me daré tan buena maña en la defensa del, que los enemigos la sientan y aun les pese de haberle acometido, porque aquel castillo es la llave de toda esta tierra, y no querría que acaesciese allí alguna desgracia; por tanto, señor, mire v. m. en ello, que á mí no me va más de desear servir á Dios y á el Rey, y questa tierra se salve, y tengo determinado perder la vida.»

Sobre ello y á todo ésto, el Capitán respondió desta manera:

«Señor contador, yo os tengo en merced el parecer que me habeis dado y la buena voluntad que mostrais tener al servicio de S. M., mas paréceme que lo que decís de mandar abajar acá al Sr. D. Pedro y poneros á vos en su lugar, él lo podría recibir por afrenta en tal tiempo como éste, mas si á vos, señor, os parece, podreis iros á estar con él en ese castillo Imperial y allí podréis servir al Rey cuanto viéredes ques menester». Y el Contador dijo: «Eso no haré yo, porque sería poner en confusión la gente que allí está, porque por ventura á mí me parecería una cosa y al alcaide le parecería otra y de aquí podrían nascer diferencias entre ambos y al cabo se ha de hacer lo que el alcaide mandare, y si algún yerro se hiciese se me echaría la culpa á mí, y para ésto vale más quo se esté el Sr. D. Pedro solo como está y así no habrá quien le estorbe y estarán todos en paz, y dos cabezas en un cuerpo no pueden estar bien. Yo cumplo á mi parecer con ofrecerme á todo aquello que un hombre como yo debe hacer». Y el Capitán le dijo que bien lo dicho y que se estuviese quedo, porque no era cosa de quitar á D. Pedro del castillo Imperial en tiempo en que se esperaba verle en afrenta, ni D. Pedro lo dejaría aunque el Rey se lo mandase, porque él bastaba para aquello y mucho más y que con su persona donde se hallase no habría falta ninguna en lo que tocase al servicio de S. M. y á la guarda de su fortaleza, y así cesó la plática por entonces.

De cómo á cabo de ocho días quel Rey de Argel vino sobre Bugía y puso su artillería sobre el castillo Imperial y comenzó á darle batería.

Ocho días pasaron desde que el Rey de Argel entró en el campo de Bugía, en los cuales, según está dicho, se ocupó en poner su gente en orden y desembarazar y subir su artillería y asentarla sobre el castillo Imperial, á cabo de los cuales, á hora de las diez antes de medio día, comenzó á dar batería al dicho castillo por la parte de la sierra, con nueve piezas gruesas, según parescía en la orden que tenían en el tirar, y tuvo la batería todo aquel día sin parar hasta la noche, y lo mismo hicieron el día siguiente, comenzando muy de mañana, y en este tiempo, según

la cuenta de muchos, tiraron al dicho castillo seiscientas y sesenta y tres pelotas, con que batieron el medio parapeto de lo alto del dicho castillo, el cual tenía xviij piés de grueso de pared, y detrás deste medio parapeto á la entrada de dentro, había muchas botas llenas de tierra, y todo lo barrió el artillería, por manera que desde fuera, donde estaban los turcos, se descubría la media plaza de lo alto del dicho castillo, donde estaba toda la artillería que en él había.

Es de saber que en este castillo Imperial estaba en aquella sazón por alcaide D. Pedro de Peralta, hermano del marqués de Falces y primo de D. Alonso Carrillo de Peralta, alcaide y capitán de Bugía, y con él ciento y treinta hombres, entre los cuales estaba maestre Juan Diomedes, que era el maestro mayor de obras, que había hecho el dicho castillo, el cual vista la fuerza de la artillería de los turcos, puso gran temor en la gente que estaba en el dicho castillo, diciéndoles que no se podian defender mucho que no fuese derrocado por tierra, y la gente de dentro tomada de los enemigos, y venida la noche del segundo día que le habían comenzado á batir, la gente del castillo con aquel temor enviaron un soldado al Capitán y Veedor y Luis Godínez, haciéndoles saber como el castillo estaba mal tratado del artillería de los turcos, y lo que decía maestre Juan Diomedes, que era, que fuesen ó enviasen algunas personas que le viesen, y visto mandasen lo que se había de hacer, dando á entender que los soldados le enviaban y no el Alcaide, y esto, á parecer de muchos, fué gran falta de D. Pedro de Peralta que estaba por alcaide, dar lugar á que sus soldados se desmandasen á enviar tal mensajería, podiéndolo escusar, porque aquello fué causa y principio para que la gente dejasen el dicho castillo como después lo hicieron, casi contra su voluntad.

Viendo que fué este soldado al castillo Mayor donde el Capitán estaba, que sería entre las diez y las once de la noche, con la letra y mensagería que la gente del Imperial enviaban, mandó luego el Capitán juntar todos los más principales que había en Bugía en la posada de Luis Godinez, y juntos que fueron les mostró la letra que el soldado traía, y vista por todos dijo el Capitán que era necesario y convenía al servicio de S. M. que luego fuesen

dos ó tres personas á ver aquel castillo, y que mirasen entre ellos quien les parescía que fuesen, y todos callaban mirándose los unos á los otros, por el temor que tenían de los moros y turcos, que había entre los dos castillos, y visto esto dijo el contador Pamenes al Capitán: «Señor, á mí me parece questa jornada principalmente pertenece al señor Bartolomé Lavado, como persona que tiene cargo de Veedor y en todo se muestra preminente y con él vayan los que v. m. mandare», á lo cual el dicho Lavado respondió que suplicaba á s. m. no se lo mandase, porque era hombre pesado y no acostumbrado de andar de noche, y el contador Pamenes le respondió: «Agora os salís afuera, señor Lavado, cuando el Rey os ha menester; bien mostrais la poca gana que teneis de servirle»; y por entonces no hubo quien dijese: «yo iré»; y el Capitán entonces dijo: «¿pues, señores, no hay quien se atreva á ir?, y callando todos respondió el Contador: «paréceme señores, que todos rehusais esta ida por el peligro que en ella podría haber, y pues que ansi es, por ser cosa que tanto importa á el servicio de S. M., yo quiero ir á ver ques esto; mandadme dar veinte ó treinta hombres tiradores que vayan conmigo.» Y entonces dijo Ochoa de Çalaya, teniente de pagador: «Yo iré también con v. m.», y luego dijeron, Tomás del Castillo, alférez de la gente de pie, y Alonso Sánchez de Villasur, alguacil de Luis Godínez, quellos también querían ir con el Contador, y el Capitán dijo que fuesen norabuena, y así partieron luego, que serían entre once y doce de la noche, con veinte y cinco tiradores, y con ellos fué el P. Alonso de Luque, vicario de Bugía, y llegaron á el castillo Imperial casi á media noche sin que nadie los enojase, y entraron dentro por una tronera, estando el rey de Argel detrás del mismo castillo con su gente, y en el camino había muchos moros dentro de las huertas y aduares que había entre los dos castillos, que fué cosa maravillosa no salirles al camino, según el mucho número de gente que había, y así entrados, según se supo con verdad, hallaron la gente temerosa y como espantados, y de verlos así dijo el Contador en entrando: «Dios os guarde, señores soldados; ¿qué es esto?, ¿cómo estais así como espantados? paresce que teneis caras de herreros; y entonces le respondió un soldado que se decía Hierónimo Salvate, cuadrillero de la gente

del dicho castillo, y dijo: no se espante v. m. y suba arriba y verá si tenemos razón de tener temor; y entonces el contador Pamenes subió á lo alto del castillo, y con él Alonso Sánchez de Villasur y el vicario Alonso de Luque y los demás sus compañeros, y vista la batería bajaron abajo y apartaron á D. Pedro de Peralta, alcaide, y dos cabos de escuadra y en secreto les hablaron diciendo que ellos habían visto la batería y les parecía que había hecho harto daño, y entonces D. Pedro de Peralta dijo: Señores, ¿pues, qué os parece que se debe de hacer?, y el Contador le respondió desta manera: «Sr. D. Pedro; qué se ha de hacer sino defender vuestro castillo como buen alcaide? porque si otra cosa hiciésedes, caeriais por ello en mal caso contra el Rey y seríades castigado por ello, y agora es tiempo de que v. m. debe mostrar el valor de su persona y cuando salga de aquí amuestre á sus soldados mucho esfuerzo; y tengan todos entendido que es vuestra determinada voluntad defenderle hasta morir; y entonces se supo que Tomás del Castillo y Ochoa de Çalaya, que habían ido con el Contador habían dicho: no se engañe v. m. que muchas fortalezas y tierras se han rendido á los enemigos viendo que no se podían defender, y ni por eso fueron reprendidos ni punidos; y el Contador les respondió: Nunca Dios tal quiera, porque ningún alcaide ni gente que con él esté, pueden ni deben entregar la fortaleza á los enemigos si no se la tomaren por fuerza, y sobre ello debe el alcaide perder la vida conforme á las leyes de España; por tanto, Sr. D. Pedro, v. m. mire lo que le cumple, porque este castillo no está tan mal tratado como eso, y este es mi parescer, y no es de pensar en otra cosa; y ansí se salieron de allí todos como habían venido, y quiriéndose volver al Capitán á darle razón de lo que pasaba, hallaron que los tiradores que habían ido con ellos se habían vuelto al castillo Mayor, e visto esto determinaron de juntarse otra vez con el Alcaide para escribir al Capitán de la manera que estaba el castillo, y así se hizo, escrita la relación para el Capitán de la mano de Ochoa de Çalaya. Hubo diferencia entre el Contador y sus compañeros, porque decía quel castillo no estaba en disposición para desampararle en ninguna manera como cosa que no se podía defensar, como algunos dellos decían y esto quería él que se pusiese en la carta que enviaban al

Capitán, y ellos decían que no eran obligados á dar tal parecer. Finalmente, que no consintieron que aquello se pusiese en la relación que envíaban al Capitán, y desta causa quedaron desconformes, y los soldados del castillo, vista la porfía y entendida la plática, estaban indinados contra el Contador, y lo mismo estaban los cuatro compañeros que habían ido con él, según parecía en las razones y porfías que entre ellos pasaban, porque tenían entendido que haciéndose lo que decía, que era defender el castillo, les era forzoso estar en él, así que pasado esto, tomaron la relación que estaba escrita para el Capitán y diéronla á un escudero que se decía Juan Bernal, que era hombre suelto, y el Contador tomó la relación y la ató con un hilo á un pedazo de ladrillo y le dijo que si los moros saliesen á él y viese que no se podía escapar dellos, echase la carta en parte do no pareciese, y que como hombre de bien guardase secreto de lo que pasaba y dijese al Capitán que el castillo Imperial no estaba en disposición de desampararle como algunos tenían pensado, y con este recaudo se partió este mensajero á la una, después de media noche, y salido que hubo del castillo un tiro de piedra, salieron los moros á él y diéronle once heridas y con todas se salió dentre ellos y entró en el castillo grande, y habiendo oído desde el castillo Imperial el ruido y grita de los moros que decían *á romí, á romí*, que quiere decir, al cristiano, al cristiano, entendieron que lo habían con el mensajero que enviaban y pensaron que lo habían muerto ó preso, y determinaron de envíar otro.

De cómo visto que los moros habían salteado al mensajero que enviaban al capitán, determinaron de enviar otro con el mismo recabdo.

Habiendo oído y entendido el ruido y grita que los moros habían tenido con el mensajero que habían enviado, pensando el Contador y sus compañeros que le habían muerto ó preso, como arriba está dicho, determinaron de enviar otro con otra letra como la primera, y le mandaron que fuese por otra parte, porque pudiese ir más seguro, y así se hizo, y encargándole que si el primer mensajero hubiese llegado al Capitán, hiciese tocar la

campana dos golpes, porque entendiesen que había llegado. Este mensajero llegó en salvamento, y halló quel mensajero que habían enviado primero se había escapado de los moros malamente herido, y con la turbación que tenían de verle así, no se les acordó de hacer tocar la campana, por manera que no sabían en el Imperial si habían llegado ó no, de que tenían mucha pena, especialmente los soldados, que tenían pensado salirse del castillo aquella noche, como de hecho lo hicieron, por temor que tenían de ser otro día tomados por fuerza de los turcos, estando desconfiados de la fuerza del dicho castillo, y desto era causa principal maestre Juan Diomedes, maestro mayor que hizo el dicho castillo, que les decía que no se podían allí defender, que otro día le acabarían de derribar del todo y serían todos muertos y cativos; y como era hombre á quien se daba mucho crédito en esto, puso gran temor en el Alcaide y en todos los soldados que estaban con él, teniendo por muy cierto que sería así. Vista esta confusión por el contador Pamenes, cerró con llave la tronera por do habían entrado él y sus compañeros, con recelo que por aquella parte no se fuese algún bellaco á los turcos y les diese aviso de las cosas del castillo y gente dél, y dió aviso al Alcaide que mandase poner buena guardia, porque algún soldado no se les fuese á los turcos; y para ver si el segundo mensajero venía ó no, mandó el Alcaide abrir un postigo pequeño de la puerta del castillo, y allí esperaron hasta que vino el postrer mensajero.

De cómo vino el postrer mensajero y llegó al castillo Imperial, donde le estaban esperando, hora y media antes del día, poco más ó menos, y lo que más acaesció.

Estando el alcaide D. Pedro y el Contador y sus cuatro compañeros esperando la venida del postrer mensajero al postigo del dicho castillo, como arriba está declarado, acaeció que Ochoa de Çalaya, teniente de pagador, salió por el dicho postigo fuera y se asentó sobre el quicio en que jugaba el puente de la puerta del dicho castillo, y estando allí sentado llegó el dicho mensajero y habló con él. No se ha podido saber qué le dijo más de cuanto decía después el Alcaide que el dicho Çalaya había saltado de

donde estaba sentado abajo á la cava donde estaba el dicho mensajero, y habiendo hablado con él, comenzó á decir: «Ea, señores, vamos de aquí, que lo manda el Capitán»; y diciendo esto, también saltó luego abajo el vicario Alonso de Luque, que estaba á la sazón asomado de rodillas al dicho postigo; y luego saltó tras del Tomás del Castillo, y á esta sazón estaba el Contador hablando con el Alcaide, y como vido que la gente del castillo estaba junta al dicho postigo y venían todos determinados para salirse y dejar el castillo, dijo, hablando recio: «qué es esto, Sr. D. Pedro, no veis lo que pasa? ¿Cosa es que se ha de dejar este castillo solo, estando todo lo bajo sano? ¿Cosa tan mal hecha se ha de hacer ni consentir?» Y entonces el dicho D. Pedro respondió: «Que quereis que haga yo pues el Capitan lo envia a mandar?» Y el Contador le dijo: «Aunque lo mande el Capitán y sesenta capitanes no lo habeis de dejar; que yo juro por Dios que si fuera alcaide del como v. s. no lo dejara á los enemigos aunque me lo enviaran á mandar Sant Francisco y el Rey diez veces; que por ventura el Capitán no habrá mandado esto, y pues es cosa que toca al Rey, vale más morir que hacer cosa tan mal hecha y digna de gran castigo y deshonra». Y entonces el dicho D. Pedro respondió: «Pues señor estemos quedos y vos, señor quedaos con nosotros». Y á esto respondió el Contador: «A mi me place quedar acá». Y estando en el mismo postigo endereszó su hablar á los soldados, que ya estaban juntos para salirse fuera, y dijo: »Señores artilleros, el señor Alcaide determina de guardar este castillo, por tanto, si teneis puesto algun fuego en las minas, mandadlo quitar luego, antes que haga algun mal». Y en esta sazón no había lumbre encendida en el castillo, y todo estaba escuro, y respondieron ciertas personas que no se pudieron conoscer: «Señor, no puede ser, porque está todo cerrado»; y respondieron otros: « Echarlo abajo, pese á tal, porque mandando el Capitán que nos vamos quiere él que muramos aquí y nos perdamos todos»; y el Contador les dijo: «No tengais miedo de perderos estos cuatro dias con ayuda de Dios, y cuando viéremos que no hay remedio se podrá dejar, y si agora lo dejásemos daríamos á entender á los enemigos nuestra cobardia y sería darles audacia para lo demás»; y en esto arreme-

tieron al postigo, diciendo muchos: «No creo en tal si aunque lo mande Dios, hombre de nosotros quede aquí esta noche», y así comenzaron de tropel á salir por el postigo á la cava, saltando de allí abajo, que había más de dos estados de alto, casi del todo amotinados, y entonces el Contador volvió á hablar á D. Pedro, mostrando mucho enojo de ver salir la gente del castillo desmandada, y le dijo: «Sr. D. Pedro , no remediais esto? yo os certifico que se hace la cosa más mal hecha que nunca hombres hicieron, y esta noche se pierde toda Bugía». Y el dicho D. Pedro estaba tan turbado, que no sabía de sí ni qué responder, y el contador Pamenes se puso junto al postigo por do salían, y les decía cuán mal hecho era lo que hacían en desamparar el castillo, y algunos le decían que, pues el Capitán lo mandaba, no tenían culpa, y que más valía que la gente se guardare para la defensa del castillo mayor, que no que todos se perdiesen allí; de manera que á poco rato no quedó nadie en el castillo, y desto tuvo gran culpa el alcaide del, porque dió lugar á que la gente se desmandase, y así, según fué público, el Contador dijo muchas veces que si hubiese quince ó veinte hombres que quisiesen quedar con él en el castillo, él quedaría con ellos y daría orden como aquellos cuatro días no se lo entrasen, y ninguno hubo que quisiese quedar; antes algunos soldados le decían: «Quedaos vos, si tanta gana teneis de quedaros, y quemaros, que no tardará el fuego en salir un cuarto de hora»; y como era escuro y no había lumbre, no se pudieron conocer los que esto decían, y de todo esto hizo relación Alonso Sánchez de Villasur, alguacil de Luis Godínez, que era uno de los cinco que fueron á ver el Imperial de noche, y decía que el contador Pamenes había ganado mucha honra aquella jornada, y quel entendía dar relación dello á el Rey; de manera que por miedo del fuego, que estaba en las minas, según todos decían, salió con los otros, siendo el postrero, y esto fué hecho una hora antes del día, y cuando llegaron abajo, al otro castillo, sería media hora antes del día, y dado caso que al tiempo que salían del Imperial hacían mucho ruido y rumor, no paresció naide de los turcos que los impidiese.

En esto que se ha escrito no se hace tanto caso de nombrar á

los cuatro compañeros que fueron de noche á ver el Imperial con el Contador como dél en particular, porque él se señaló más que todos en que el castillo no se entregase á los turcos, y ésto se puede tener por muy averiguado y verdadero, porque el autor se informó de muchas personas que lo vieron, así estando en Bugía como después que fué llevado captivo á Argel con los otros cristianos que en Bugía captivaron antes; se supo luego en Bugía que los dichos sus compañeros de verse en el castillo Imperial y que no podían volver al castillo mayor, de do habían partido, estaban tan cortados y medrosos como los del castillo, y en todo eran contrarios á su parescer.

Y es de saber que, según paresció por experiencia, los maestros que hicieron el dicho castillo Imperial no supieron dar la orden y composición que convenía en la calcina, porque estaban las paredes de tan poca fortaleza como si no tuvieran cal ninguna, de manera que la calcina que en el dicho castillo se gastó no fraguó ni hizo los efectos que convenían para la fuerza dél, y esto fué causa principal por que la batería de los turcos hizo tanto daño en tan poco tiempo, porque si la calcina fuera buena y como convenía, no se podía batir en más de quince días, y desto tienen la culpa los maestros y caleros que vinieron de Secilia, y la mesma falta hubo en las murallas que hicieron en el castillo mayor, y los turcos estaban espantados viendo cómo las paredes se caían cada ladrillo por sí, y conoscido ésto, cobraron más atrevimiento y esperanza de tomarlo todo.

De cómo D. Pedro de Peralta con los soldados del Imperial, donde era alcaide, llegaron antes del día al castillo mayor, dejando el Imperial sin gente, y lo que más pasó.

Agora es de saber que, como está dicho, habiendo dejado el castillo Imperial D. Pedro de Peralta con toda la gente que allí tenía, media hora antes que fuese de día llegaron al castillo mayor, donde estaba el Capitán, y entraron todos por una tronera de la torre de las Cabezas que respondía á la puerta de la ciudad, y al tiempo quel dicho D. Pedro entró, estaba el capitán don Alonso á la boca de la tronera, de la parte de dentro, y cuando

estuvieron juntos, se abrazaron, y el dicho D. Pedro comenzó de llorar, y el Contador, que se halló allí, que en el camino siempre había venido riñendo porque se había dejado el castillo, con el enojo que traía dijo: «Si vos, Sr. D. Pedro, viniérades, puesto recaudo el que convenía en vuestro castillo, como buen alcaide, no llorárades agora como mujer; mas yo os certifico que adelante conoscerés el yerro que hoy se ha hecho,» y ésto lo oyeron muchas personas que allí se hallaron, y entonces el capitán D. Alonso dijo al dicho contador: «Callá, señor, que harta pena tenemos todos sin que vos nos deis más, y así los dos juntos se salieron de allí y se entraron en la posada del dicho Capitán, y desde aquella noche no se vido más que el Contador entrase en la posada del dicho Capitán, por no ver al dicho D. Pedro, hasta que el Rey puso su artillería sobre el castillo mayor de Bugía, y entonces el dicho D. Pedro se subió al reparo alto de la batería, donde murió, como adelante se dirá.

Y así, á cabo de dos horas que la gente fué llegada al castillo mayor, se encendió la pólvora que dejaron metida en las minas, que eran diez y seis barriles quintaleños, y derrocó todo el lienzo que estaba á la parte de Bugía de cabo á cabo, y estaba tan mal fraguado y acondicionado, que no hizo más el fuego de abrir la pared y quedarse toda amontonada, cada ladrillo por sí.

Los turcos se espantaron desto, pensando que los cristianos daban fuego á algunas minas para quemarlos, y muchos dellos comenzaron á apartarse del castillo, y visto que de presto había parado el ruido, vinieron á mirar qué era, y como vieron derrocado todo aquéllo y no vieron gente alguna, se entraron dentro con sus banderas y algazara, y subieron á lo alto, dando grandes voces, llamando á los cristianos de gallinas.

De cómo Diego de Bárcena, alférez de la gente de á caballo de Bugía, que tenía en guarda el corral, oído que el castillo Imperial se había dejado, la misma mañana dejó el corral.

Acabado de dejar el Imperial, habiendo quemado con la pólvora que dejaron, como arriba está dicho, luego aquella misma mañana se dejó el corral del castillo mayor, adonde había vino y agua

y aceite y alquitrán y otros bastimentos, el cual tenía en guarda Diego de Bárcena, alférez de la gente de caballo de Bugía, el cual él mesmo dejó de miedo, según públicamente se decía, de ver tomado el castillo Imperial, y ésto se creyó porque no hubo de parte de los turcos quien le molestase, sino que todos decían que de miedo lo había hecho, y venido á noticia del contador Pamenes, se fué en casa de Luis Godinez y le dijo: «Que mala ventura es ésta, señor; ya comenzamos acá de echar ropa á la mar,» y el dicho Luis Godinez le dijo: «¿Cómo, señor?» y el Contador le respondió: «Hánme dicho que Bárcena ha dejado el corral, y ésto es gran perjuicio de la fortaleza, porque tenemos allá muchas cosas necesarias, especialmente el agua, de que tenemos mucha necesidad si los enemigos están aquí muchos días; por tanto, conviene que luego, á la hora, se torne á tomar y guardar, antes que los moros estén dentro,» y el dicho Luis Godinez le dijo qué remedio había para tornarle á tomar, y él dijo: «Vamos v. m. y yo al Capitán y hágame dar dos escuadras de gente que son menester, y yo bajaré allá y le tomaré y guardaré hasta que no quede pedazo de mí,» y ansí fueron ambos juntos al Capitán y habláronle sobre ello, y luego le mandó proveer de la gente que pedía, y así el Contador bajó al corral con ella y le tomó y repartió la gente para la guarda dél, como antes estaba. Sabido ésto por el dicho Bárcena, sintiéndose afrentado de lo que había hecho en haber dejado el dicho corral, se fué al Capitán y le dijo cómo le habían dicho que había mandado al Contador que tomase el corral y le guardase, y que en ello le había hecho afrenta; que le suplicaba le mandase luego subir arriba con la gente, y que en la mañana siguiente él tornaría á tomar y guardar como antes, y venida la tarde de aquel día, el Capitán envió un alabardero suyo á decir al Contador que luego se subiese arriba con la gente que tenía; el cual le envió á decir que no era cosa de dejar aquéllo así sin gente, porque podría ser que los moros entrasen dentro viendo que estaba sin gente, y el Capitán, por importunación del dicho Bárcena, porque le quería mucho, tornó á enviar á mandar á la gente questaba con el Contador que se subiesen luego arriba á la fortaleza y dejasen el corral, y así se subieron luego, y aquella noche siguiente los moros horadaron las paredes de la cerca

que tenía el corral, que era de tapias gruesas, por cuatro ó cinco partes, y asimismo horadaron los almagacenes, y vertieron mucho vino y llevaron mucha sal y maromas y remos y otras muchas cosas que había para provisión de la fortaleza, y járcia de los navíos, y pegaron fuego á ciertas tinajas de alquitrán y quemaron un almagacén del Rey con el fuego que dellas salía, y de allí adelante no se puso guarda de noche en él, sino que luego por la mañana bajaban dos ó tres escuadras abajo á echar los moros á fuera para que la gente tomase agua y algún vino que habían dejado, para subirlo arriba, á la fortaleza, y venida la noche, los moros se tornaban á entrar dentro y llevar lo que hallaban por las casas y almagacenes que allí había.

En este corral había hasta cuarenta casas, poco más ó menos, y cuatro almagacenes grandes, tres del Capitán y uno del Rey, y en dejar el castillo Imperial y este corral se hizo grande yerro, que de más de lo que se perdió fué dar osadía á los enemigos para que con más ánimo pugnasen en tomar la tierra, viendo que no había la resistencia que convenía.

De cómo el Rey de Argel después de haber entrado en el Imperial, el mismo día hizo llevar dos piezas gruesas sobre el castillejo de la mar.

Habiendo el Rey de Argel y muchos turcos y moros entrado en el castillo Imperial y saqueado lo que en él había, que fué mucha harina y vino y vinagre y otras cosas, mandó tomar dos piezas gruesas de su artillería y otra más pequeña y comenzó á caminar con ellas hacia el castillejo de la mar, y como hobieron asomado á lo alto, descubrieron el galeón del Rey que había venido á proveer á Bugía, questaba retraído entre el castillo mayor y el castillejo, y sin artillería, porque el Capitán se la había mandado sacar y meterla adentro del castillo grande por consejo del tiniente de veedor Bartolomé Lavado, y de Juan de Milán, por cuyos pareceres él se regía en aquella sazón más que por naide, y como el Rey vido el galeón y que estaba cerca de tierra, mandóle tirar con las dos piezas gruesas que hacía llevar y diéronle cinco ó seis pelotazos, con los cuales, como venían de arriba para

abajo, le echaron al fondo, y como la parte donde estaba era cerca de tierra, se asentó en el suelo sin hundirse mucho, y hecho esto siguió su camino hacia el sobredicho castillejo con solamente aquella artillería, y todo aquel día se ocupó en llegar y asentar sus piezas sobre el dicho castillejo, y otro día siguiente por la mañana comenzó á batir en el cubo del castillejo que estaba á la parte de tierra, el cual estaba macizado de tierra, y estuvo allí aquel día y otros dos tirándole, y el segundo día, siendo de noche, se salió un soldado, hombre mancebo y bien dispuesto, criado en Bugía, que se decía Juan de la Serna, y se fué á el Rey y dijo que se iba á tornar turco y á dar aviso cómo tomasen presto aquella fuerza, y el Rey lo recibió y hizo que se tornase turco, por parecerle bien dispuesto. Éste dió aviso que con una pieza tirasen por el costado del castillo á la parte de Levante y que por allí le haría mucho daño, y así se hizo otro día, y por aquella parte fácilmente derrocaron mucha parte del castillo, porque era pared vieja, y pusieron en mucho temor á los de dentro de perderse. A cabo de los tres días, el día siguiente de mañana comenzaron de escalar el castillo y echar mucha fagina y tierra en el foso, y duró el combate de manos hasta más de las diez del día, que con la pieza que tiraban al costado del castillo entró una pelota en la casa de la pólvora y encendióse y quemóse toda. Estando en este combate saltaron desde el castillo á la mar cinco ó seis soldados, dejándose caer por una soga á la mar, y cuando éstos salieron ya los turcos dejaban el combate y se retraían, y visto que aquellos iban huyendo, tornaron de nuevo al combate reciamente diciendo á voces «á ellos que huyen». El un soldado destos mataron los moros en tierra porque no sabía nadar, y los cinco se echaron á nado para irse á el galeón, y mataron los turcos los tres dellos con las escopetas y los dos se metieron en el galeón, y entonces el alcaide del castillo, que se decía Juan de Bilbao, visto que los turcos le apretaban reciamente, se retrajo en la torre del castillo con cierta gente que tenía, por miedo de los alarbes, que no los matasen viendo que no se podían defender, y así entraron en el castillo muchos alarbes y moros y turcos, casi á las once, antes de medio día, y estando allí el alcaide retraído, no se quiso dar sino á los

turcos, porque los alarbes los mataran á todos si los tomaran, por manera que habiéndose entregado á los turcos, al tiempo que salían arremetieron los alarbes á ellos, y á pesar de los turcos mataron quince ó diez y seis cristianos, y murieron algunos renegados defendiéndolos, porque decían los alarbes que aquellos eran cristianos, pues defendían los cristianos; y así se perdió este castillo, con el cual fué preso el dicho alcaide con cuarenta y tres hombres que le habían quedado, y fueron llevados cativos á Argel, donde al presente está cativo el dicho alcaide con el autor que hace esta relación.

De lo que hizo el capitán con la gente de Bugía entre tanto que el Rey puso cerco sobre el Imperial y castillo hasta que los hubo tomado.

Ya está dicho de la manera que se perdió el Imperial y el castillejo, y agora dice el autor que después que el Rey hobo puesto su artillería sobre el castillo Imperial y le comenzó á dar batería, viendo el capitán D. Alonso Carrillo de Peralta que la cosa iba de veras, comenzó con mucha diligencia á hacer un reparo grande de quince piés de grueso detrás del parapeto del reparo grande que estaba hecho de cal y ladrillo en lo alto de la fortaleza hacia do estaba la campana grande, porque por aquella parte le pareció que los turcos habían de dar batería, y en hacerse éste se dió la mayor prisa que se pudo dar, trabajando en ello toda la gente de dia y de noche, y las mujeres y esclavas á subir tierra y piedra y agua desde junto á la mar, metiéndola por el postigo de la mar, y en esto se trabajó más de diez días, y la mañana que el castillo Imperial se dejó, como está dicho, el Capitán determinó de enviar una fragata á España á hacer saber cómo el castillo Imperial era perdido, y venida la noche se partió, y en esta fragata envió al vicario Alonso de Luque y á Domingo Pérez para dar aviso como el Rey de Argel estaba sobre Bugía y era perdido el Imperial, la cual aportó á Mallorca y allí se dijo que la gente había dado en tierra huyendo de dos galeotas de los turcos que el rey de Argel había enviado en aquellas partes luego que partió de Argel para ir contra Bugía, con otras para aquel

efeto, según después se supo en Argel. y la gente deste navío algunos se salvaron huyendo y otros se perdieron, y tomáronle turcos muchas cartas que llevaban de aviso, del Capitán para Corte de España, porque dende algunos días fueron vistas en Bugía, que el Rey las envió al Capitán, como adelante se dirá.

Acabo de dos días que el Rey de Argel había puesto cerco y su artillería sobre el castillejo, venida la noche, Juan de Bilbao, alcaide del, envió un soldado al capitán á pedirle que le enviase alguna gente más para la guarda de aquel castillo, y queriendo el capitán enviársela mandó llamar á Diego de Bárcena que fuese con veinte ó treinta soldados de socorro y los llevase al castillejo y los entregase al alcaide y se volviese, el cual se excusó, rogando al capitán que no le enviase allá, diciendo que su mujer recibiría gran pena en ver que le enviaban al castillejo y que le suplicaba los enviase con otro, y díjose públicamente en Bugía que éste lo hacía más de miedo que tenía, que por amor de su mujer, y el Capitán por amistad y amor que le tenía envió los soldados en una barca de noche, con el cuadrillero que había sido del dicho castillejo mucho tiempo, que se decía Gonzalo Pérez, y éste era buen hombre y llevó los soldados y los entregó al alcaide del castillejo y se quedó con él hasta que el Rey lo tomó, y por entonces no acaeció otra cosa que de contar sea.

De cómo el Rey de Argel, habiendo tomado el castillejo, vino á poner cerco sobre el castillo mayor de Bugía.

Habiendo el Rey de Argel tomado el castillejo de la mar como ya está dicho, dejando algunos turcos dentro para la guarda dél, determinó de venir con toda su artillería sobre el castillo mayor de Bugía, y una mañana, que era á xxij días del mes de setiembre de 1555 años, asomó con ciertas piezas de artillería por la cañada que se hace entre el castillo Imperial y la puerta de Santa Catalina, y comenzó á tirar la muralla con cuatro ó cinco piezas gruesas, y los de Bugía le comenzaron á tirar á su artillería con cuatro piezas que tenían en el reparo que se había hecho después que el Rey había llegado, y aquel día no tiraron los turcos á su placer, porque estaban algo lejos. Venida la noche deste día,

allegó toda su artillería á cien pasos de la muralla, y cuando amaneció ya tenía hechas sus trincheras con mucha rama y tierra, y luego por la mañana comenzaron de tirar á la muralla en buena orden, y su batería fué desde la torre de las Cabezas hasta el bajo que estaba sobre las peñas hacia el corral, que era la parte más fuerte y alta de toda Bugía, porque había dentro una plaza mazuzada con sus cajones, que tenía de grueso más de sesenta pies, y por aquel derecho comenzaron á dar su batería.

Visto por la gente de Bugía que los dos castillos eran perdidos, y quel Rey estaba ya sobre Bugía, se cortaron de miedo y perdieron el esperanza de poderse defender; y todos andaban tan medrosos, que era maravilla de verlos, que no parecían sino estautas, especialmente el teniente de veedor Bartolomé Lavado y Cristóbal de Tabladillo y Diego de Bárcena, su hermano, alférez de la gente de caballo, y Tomás del Castillo, alférez de la gente de pie, y Alonso Sánchez Crespo, capitán del campo, y otros muchos que tenían cargo de regir la gente, y solamente mostraban tener ánimo el capitán D. Alonso y el Contador, que de noche ni de día no cesaba trabajar, discurriendo por las estancias, esforzando los soldados y diciéndoles: «Ea hermanos, no tengais miedo de ser perdidos, que Dios nos ayudará»; y Ochoa de Çalaya, que trabajaba en todo lo que convenía á la defensa de Bugía, con mucha diligencia, sin mostrar la cobardia y miedo que los otros, hasta la noche que se trató de entregar á Bugía, que fué de voto y parescer que se entregase, como adelante se dirá.

De cómo en la posada del tiniente de veedor se juntaron muchas veces algunos de los prencipales de Bugía, para concertar entre sí de hablar al capitán que hiciese partido con el Rey de Argel.

Agora es de saber que fué público que estando el Rey batiendo á Bugía se juntaron algunas veces en casa del veedor tiniente Bartolomé Lavado, Cristóbal de Tabladillo y Diego de Bárcena, su hermano, y Alonso Sánchez Crespo, capitán del campo, y Tomás del Castillo, y Melchor Alvarez y otros, á tratar de hablar

al capitán D. Alonso para que hiciese partido con el Rey de Argel que los dejase ir en España con sus haciendas y mugeres y hijos en cierta forma, y habiendo tres días quel Rey daba batería al castillo mayor de Bugía, se vido y entendió que yendo el contador Pamenes desde la plaza á la posada del capitán, salieron de la casa del tiniente de veedor Cristóbal de Tabladillo y Tomás del Castillo y Melchor Alvarez y Alonso Sánchez Crespo, y llamaron al Contador, y Cristóbal de Tabladillo le habló, diciendo que aquellos caballeros y él le rogaban que se juntase con ellos para hablar al Capitán, que vista la necesidad en que estaban, quisiese hacer partido con el Rey para que dejase ir la gente á España libremente con sus haciendas y mugeres y hijos, y que le dejarían la tierra, y quel contador Pamenes, después que hubo entendido su plática les respondió ásperamente, diciendo que qué burlería era hablar ni pensar en entregar á Bugía á los enemigos, y que cuando ellos tiniendo cargo del regimiento de la gente enteudían en aquello qué haría la otra gente menuda, y que no le hablasen más en ello, porque él no había de consentir en tal negocio, y esto no pudo ser tan secreto que luego no se supiese entre la gente, y entonces el dicho Tabladillo dijo al contador Pamenes, viéndole hablar recio y enojado: «pues calle v. m. no se hable más en ello», y así los dejó allí junto á la puerta del Veedor, y él se fué la calle arriba, enojado de lo que allí había pasado, y topó con Luis Godinez á la Maymona y le dijo lo que había pasado, y él le respondió que ya lo había sabido, y el Contador le dijo que aquella cosa no se había de pasar sin hacer luego en ello gran castigo, y Luis Godínez le respondió que por entonces no se podía hacer, y que ido el Rey él lo castigaría de manera que les pesase, y esto pasó un lunes de mañana, tres ó cuatro días antes que Bugía se entregase.

De cómo el Capitán el martes antes de entregar á Bugía llamó á Luis Godinez en la iglesia y le dijo que no se entremetiese en las cosas de la guerra, y lo que más allí pasó.

Después que el Rey puso su artillería sobre el castillo mayor de Bugía, Luis Godínez con sus oficiales, teniendo el cargo de la

justicia, andaba discurriendo por el castillo y hacía pregonar que los soldados fuesen á estar en las estantías que les eran señaladas, porque acaecía muchas veces que los soldados se iban á comer y amasar á sus posadas y dejaban la muralla sola, y algunas veces, viendo esto el contador Pamenes, iba á la posada de Luis Godínez á decírselo, y que mandase salir la gente de la muralla, porque el Capitán andaba muy ocupado en hacer subir tierra y piedra y agua desde junto á la mar, al reparo que se hacía en lo alto del castillo, y no podía solo proveer en todo, y así el dicho Luis Godínez hacía pregonar so grandes penas que saliesen los soldados á la muralla, y paresce ser que algunos, tiniendo mala voluntad á Luis Godínez, se quejaron al Capitán, diciendo que los mandaba y hacía dar pregones como si él fuera capitán, y que aquello no lo debía consentir, y que no diese lugar á que se entremetiese en mandar en las cosas de la guerra, ni á que los mandase, porque ellos no querían ser mandados dél, y el Capitán llamó á Luis Godínez y se entró en la iglesia con él, y delante de algunas personas le dijo: «Sr. Luis Godínez, estos caballeros se me han quejado diciendo que haceis pregonar y los mandais como capitán, y ellos no quieren ser mandados por vos, y tienen razón, que aquí estoy yo para mandarlos lo que hobieren de hacer, como capitán y alcaide, por tanto, hacedme tamaño placer que de aquí adelante no os entremetais en mandarles ninguna cosa tocante á la guerra, porque yo no quiero que mande nadie sino yo». Y entonces Luis Godínez respondió: «Señor, yo soy criado de S. M., y por su mandado soy venido aquí, y veo que esta tierra que es suya está en mucha necesidad, y deseo su libertad, y lo que yo hago no es mi intención querer mandar, sino ayudar á defenderla; mas pues que ansí es, desde agora, porque naide resabie de mí, prometo de aquí adelante más no mandar, asi por esto como porque el Rey me lo manda, y desde agora digo que me aparto y que no entenderé más en mandar ninguna cosa, y á mí mándeme quien v. m. mandare, que yo estoy presto para hacer lo que soy obligado, con mis armas y persona». Y el Capitán le dijo: «Pues sea así», y saliéronse de allí y fué cada uno por su parte.

Agora es de saber que despues que el Rey comenzó á batir en

el castillo Imperial hasta el día que se entregó Bugía, el Capitán trabajó mucho por su persona, de noche y de día, en hacer ciertos reparos por dentro del castillo grande, y andaba tan turbado y embebecido en esto, que ni dormía ni comía á derechas, quiriendo entender en todo, viendo que los que antes mostraban tener ánimo y esfuerzo para cuando el rey viniese, no tenían ninguno y andaban cortados como mortales. Deste trabajo, según se cree, vino el Capitán á perder parte del juicio en tal manera que no tenía constancia ni firmeza en ninguna cosa, y dos días antes de entregar á Bugía, comenzó á andar como desatinado, y una tarde, estando en su cámara retraido solo, comenzó á llorar á voces, y pasando el Contador por su puerta oyó como lloraban dentro y preguntó á un criado suyo, que decían Pedro Rodriguez, que quién lloraba dentro, y él le dijo que entrase y lo vería, y el Contador entró y halló al dicho D. Alonso que estaba solo, echado de pechos encima la cama do solía dormir, en unas almohadas llorando á voces como muchacho, y allegóse á él y asióle de un brazo diciéndole: «Ques esto, señor Capitán, qué habéis, por qué lloráis?» Y el dicho D. Alonso se levantó corriéndole lágrimas por el rostro y dijo: «No lloro, señor», queriendo desimular su lloro, y el contador Pamenes le dijo: «Tenéis algún mal?», y el dicho D. Alonso dijo que no tenía mal ninguno, y que por qué lo preguntaba, y él respondió, que porque lo había hallado llorando á voces como muchacho, y D. Alonso le respondió, como turbado, que no lloraba, y conocido el Contador su turbación, y que tenía turbado el seso y juicio, le dijo: «Señor Capitán, ya veo que no tenéis buena esa cabeza y que no estáis para mandar en esta necesidad en que estamos, y por esta falta nos podíamos perder, porque tenéis el poder y brazo del Rey, y de fuerza todos os hemos de favorecer y obedescer á lo que mandáredes, y en este tiempo tenemos necesidad de buena cabeza. Parésceme que debiádes encomendar vuestro cargo á una persona de recaudo, aunque desta tal persona hay aquí al presente harta falta, y si os paresciese encomendármelo á mí, yo os prometo que en tanto que la vida me durare, no entren acá nuestros enemigos, y esto podéis confiar de mí mejor que de cuantos aquí tenéis, y entre tanto podrá v. m. irse á mi po-

sada y allí se os dará remedio para esa cabeza.» Y el Capitán respondió: Señor Contador no os engañéis, que yo estoy bueno, bendito Dios, para mandar y hacer todo lo que convenga á la defensa de Bugía y todo lo demás.» Y el Contador le dijo: «Pues por qué os encerráis á llorar á voces, ques dar á entender á las gentes que de miedo lo hacéis, y esto es gran falta para los capitanes y alcaides, que han de mostrar á su gente mucho esfuerzo y ánimo en el tiempo de mayor necesidad?» Y el Capitán tornó á responder quel no tenía miedo ni lloraba, sino que se había entrado allí por descansar un poco, y que le parescía que debía de hacer; y el Contador que saliese de allí fuera y que lo viesen las gentes y se les mostrase con todo ánimo y esfuerzo, y conosciesen del que primero determinaría morir mil muertes que dejar perder la fortaleza, y ansi entrambos salieron juntos, fuera, á la plaza, donde estaba la mazmorra, y entonces no pasó más que de contar sea, y esto se supo luego de ciertos criados del Capitán, que estuvieron escuchando lo que pasaba, y vieron cómo lloraba el dicho don Alonso á voces.

En esta relación que se hace, parésceles á algunos que se hace más minción del Contador que de los otros y desto no debe naide tener que hablar, porque á la verdad, en aquella jornada él se señaló más que todos mostrando tener toda voluntad para decir y hacer todo lo que convenía al servicio de S. M. y á la defensa de aquella tierra, y es razón que, pues Dios le dió gracia y ánimo para ello, se diga y aclare lo que allí hizo, aunque no se haga relación de todo por entero, y también para hacer relación verdadera de todo lo más que allí pasó convino se hiciese ansì.

De un razonamiento que pasó entre el capitán y el contador estando presente Juan de Milán, mercader.

La intención del que esto escribió ha sido tratar y decir verdad de todo lo que vido y se informó así en Bugía como después estando en el Baño de Argel, de personas que sin interesese alguno entendió que dirían verdad de lo que pasó desde que el Rey puso cerco sobre Bugía hasta que la tomó, y hacer aquí

relación de las personas culpantes y también de los que se mostraron para hacer lo que eran obligados al servicio de S. M. en aquella jornada, y porque desde los principios se vido que el capitán D. Alonso, hasta tanto que el juicio se le trastornó, trabajó lo posible en la defensa de aquella tierra, y secundinamente el contador Pamenes tuvo todo el cuidado y diligencia del posible de las cosas tocantes á la defensa de aquella fortaleza, me ha parescido ser justo hacer aquí relación brevemente de cada uno lo bien ó mal hizo.

Es de saber que tres días antes que la tierra se entregase, el contador Pamenes apartó al Capitán y á Luis Godínez delante de Juan de Milán, mercader milanés ó calabrés, que había venido allí con vinos y otros bastimentos y dijo:

«Señores, aquí tenemos muy ruín orden, que nos hemos encerrado y tapiado las puertas del castillo, lo cual es dar á entender á los enemigos tenerles miedo, y ellos estar más seguros que de noche ni de día no saldremos á darles rebatos, y así ellos podrán dar su batería más á su placer, y esto es contra toda buena orden de guerra, por que el Alcaide, de más de defender de dentro su fortaleza, es obligado, teniendo aparejo de gente, como tenemos, salir de día y de noche á los enemigos y hacerles todo el daño y desasosiego que se les pudiera hacer, para estorbarles no tomen ni batan la fortaleza tan presto; y tengan entendido que no se han de rendir á ningun partido, y pues hasta agora no se ha hecho, mi parecer sería que se enmendase para delante y se mandare abrir esa puerta de la ciudad, y que la noche que viene ó la otra siguiente saliésemos á ellos á media noche, ó cuando más descuidados estuvieren, y yo saldré por la puerta con treinta ó cuarenta de caballo, y que salgan doscientos hombres de pie, escogidos, por la tronera donde dan la batería, lo más secretamente que se pudiere hacer, y entre ellos han de ir veinte hombres de hecho con veinte clavos de acero del tamaño que yo daré y veinte martillos, cada uno el suyo, y éstos han de llevar solamente sus espadas y rodelas y armaduras de cabeza y otras armas defensivas, y éstos no han de tener otro cuidado más de cuando arremetieren los de caballo y de pie, estos veinte han de arremeter derechos al artillería y cada uno á su pieza meter-

les los clavos por los fogones cuanto pudieren y luego quebrarlos, y esto entre tanto que la gente de caballo y de pié anduviéremos revueltos con los que guardan el artillería, y estos doscientos hombres que han de ir á hacer esto, no se han de encomendar á capitanes ni alférez ni cabos de escuadra de cuantos aquí tenemos, porque todos están medrosos y cortados, que no tienen ser de hombres, y para remedio desto, aquí hay cuatro ó cinco soldados que han venido en el galeón para pasar en Italia, y parécenme hombres de bien, y á cada uno de éstos se pueden repartir por escuadras los doscientos hombres que digo, y desto no se ha de dar parte al tiniente de veedor, ni al capitán del campo, ni á Tomás del Castillo, ni á Tabladillo, ni á Diego de Bárcena su hermano, ni á ningún cabo descuadra ni á otro oficial de los de Bugía, excepto á Ochoa de Çalaya, que me paresce que anda bueno, y todos los demás están perdidos de temor de los turcos, y con esto yo me profiero con el ayuda de Dios que les clavaremos el artillería, por que el alma me da que nos saldremos con ello, y así estaremos seguros que no nos tomarán la fortaleza». Y el Capitán respondió: «Pues sea así y comiéncese desde luego á hacer los clavos como dice que se han de hacer»; y también pareció bien esto á Luis Godínez y Juan de Milán, y así salieron de concierto que la noche venidera saliese la gente al dicho efecto, y dijo más el Capitán; y quiero quel señor don Pedro, mi primo, salga con la gente de caballo, porque está despechado por lo del castillo Imperial, y será darle algún contento, y vos, señor Contador, mirad por él. Y el Contador respondió: «eso no me lo mande v. m. que harto tendré que mirar por todos los que hemos de ir, y v. m. lo puede encomendar á dos escuderos hombres de bien, de los que han de ir, que miren por él», y así con este concierto se fueron de allí y luego el Capitán mandó traer unas barretas de acero para hacer los clavos, y dende un rato se metió el Capitán con el contador Pamenes solos en la fragua y se comenzaron á hacer los clavos á puerta cerrada, por más secreto del tamaño que el Contador decía, y mandó á don Pedro de Peralta que hiciese abrir la puerta de la ciudad que estaba tapida, y estándola abriendo, como aquellos que traían malos pensamientos vieron entendido que el Capitán mandaba abrir

la puerta, pensaron que quería hacer alguna salida á los enemigos, y con el temor que tenían, Bartolomé Lavado, tiniente de veedor, como era persona que más mandaba en Bugía después del Capitán, dijo á D. Pedro que no entendiese en abrir la puerta, porque no era cosa que cumplia al servicio de S. M., hasta tanto que él hablase con el Capitán, y así fué luego á buscarle, y habiendo más de hora y media questaban allí los dos solos con el herrero, que se decía Juan de Coca, entendiendo en hacer los clavos para clavar el artillería á los enemigos la noche siguiente, como está dicho, andando el Veedor á buscarlo, preguntando por él le dijeron que había rato que no habían visto al Capitán ni á el Contador andar como solían por la muralla, y andando preguntando por él, le dijeron como le habían visto entrar rato había en la fragua y que no le habían visto más, y así le comenzaron á buscar, el Veedor y Bárcena y Tabladillo su hermano; llegando á la fragua llamaron, y como el herrero no les quiso abrir, sospecharon que estaba allí y miraron por una ventana, y como los vieron dentro, fué el Veedor á la puerta á llamarlo diciendo: «Señor Capitán, salga v. m. acá que es mucho menester»; y entonces salió, y el Contador entró dentro con el herrero, y le preguntaron el Veedor y los que con él venían qué era lo que hacía en la fragua y como el Capitán estaba medio desvanecido de la cabeza y no tenía constancia en ninguna cosa, fácilmente les dijo lo que hacían, y entonces el veedor Lavado y los otros le dijeron que en ninguna manera diese lugar á hacer tal cosa, que S. M. no le mandaba sacar la gente de su fortaleza para ir á pelear con cincuenta mil hombres que había en el campo, sino que guardase la fortaleza y se dejase de salir fuera, y quel Contador que daba tal parecer no sabía ni entendía lo que decía, y que estaba harto de vivir y no temía la muerte, y que con vertimiento de sangre humana quería hacer aquellas cosas, y que si por ventura saliendo como tenían concertado le matasen los turcos ciento ó doscientos hombres, que eran la flor de la gente, que S. M. le daría culpa por ello; y tantas cosas le dijeron, que fácilmente le volvieron de aquel propósito, y así volvió luego á la fragua, donde estaba el Contador y mandó que no se hiciesen más clavos, y el Contador le respondió; «pues cómo señor ya les

ha dicho lo que hacíamos? yo no le avisé que se guardase dellos? pues juro á Dios que si vos os seguís por el parecer de Lavado y desos otros sus aparceros, que nunca acerteis en cosa, porque yo he sentido dellos que tienen los hígados dañados; por hes yo os aviso señor que os guardeis dellos». Y él le dijo que no era menester sacar la gente fuera, y que el Veedor tenía razón, y así quedo desconcertada esta jornada en la cual, si se hiciera, según en Argel se supo de algunos renegados que se hallaron allí, se acertara maravillosamente, porque en el campo del Rey había más de cc y l renegados de caballo que si la gente de Bugía saliera como se concertaba, en saliendo se juntaran con ellos y entregaran al Rey que estaba en una alberca antigua por miedo del artillería de Bugía, junto á la suya, y que había concierto entre ellos de hacerlo ansí, por robarle la moneda, y se hiciera fácilmente porque en la guarda del artillería no había más de hasta cien turcos, que á pedradas bastaban á desbaratarlos.

Esto se supo de muchos renegados que eran en el concierto y decían que cada noche estaban esperando que saliese la gente de Bugía para hacer su hecho, y que decían unos entre otros: «Oh, reniego de tal como estos perros destos cristianos no salen; ¿qué diablos hacen encerrados como puercos?» Y ciertamente es de creer que si el Capitán en aquella sazón estuviera en su seso, como antes, que no bastara nadie á moverle para que se dejara de hacer aquella jornada, y así es de creer que por malos consejeros que tuvo se perdió, y el Contador quedó desto muy enojado con el Capitán, y más con el Veedor y los otros.

De una carta que el Rey de Argel envió al capitán de Bugía.

Habiendo pasado tres días quel Rey de Argel había comenzado á dar batería al castillo mayor de Bugía, envió el dicho Rey un muchacho morillo, el cual sería de edad de hasta catorce años al parescer, y era sordo y mudo, según del dicho muchacho se conosció. Este vino del real del Rey y entró en Bugía, el cual traía una carta sellada con la tava del Rey, escrita de letra y lengua portuguesa, en la cual, en efecto, decía lo siguiente:

«A ti, el capitán de Bugía, envía esta carta el Rey de Argel, y

por ella te dice que ya tienes visto y entendido cómo te ha tomado los dos castillos y también te entiende tomar éste, y te hace saber cómo no puedes ser socorrido de España, porque las cartas y navíos que enviabas en España á pedir socorro los he tomado, y porque lo creas te las envío ay con este mío, y pues has visto que es llegado el día de tu perdimiento y total destruición, y que no puedes escapar de mis manos, te digo que te rindas á mi merced, que por esta mi carta digo que te recebiré y haré buen partido á ti y á los tuyos, y de otra manera no perdonaré á ninguno de vosotros los de Bugía, sino que á todos daré la muerte, chicos y grandes, y respondedme luego con este mío.—*Açan-Bajá.*»

Para haber de responder á esta carta mandó el Capitán juntar á Luis Godínez y al tiniente de veedor y á los más principales de Bugía, y entendido que la hubieron, hubo diferentes paresceres en responder al Rey, unos decían que le respondiese con soberbias, y otros que no, sino con toda moderación, y deste parescer fué el contador Pamenes uno de ellos, y decía que hablar con soberbia sería poco, y que no era de caballeros mostrar rigor en las palabras; finalmente, se determinó enviarle la respuesta siguiente:

«Excelente señor: Yo, el Alcaide y capitán de Bugía, recebí tu carta con este tuyo, y habiendo juntado mi gente, después que hobieron entendido lo que por ella dices que nos rindamos á ti todos, á una hicieron juramento como cristianos, e yo con ellos, de no rendirnos á ti en ningún tiempo, porque no nos tenemos por tan flacos como tú piensas, y te hago saber que primero que nos entres la fortaleza te costará más de lo que piensas, porque nosotros somos vasallos del Rey de España, por cuyo servicio entendemos perder las vidas primero que rendirnos á ti, y sepas que en Bugía estamos mil hombres de pelea con el propósito que tengo dicho, y con ésto no gastes más tiempo pensando mudarnos de nuestro propósito, y ésta ten por la postrera.—*D. Alonso Carrillo de Peralta.*»

Escrita esta carta, se dió al dicho muchacho mudo, y después de haber hecho muchas deligencias para saber si era mudo ó no, al fin paresció serlo, y el Capitán le dió un vestido de tafetán hecho á la morisca, de colores, que tenía, y así se partió el dicho

muchacho muy contento, á lo que mostraba, y como fué ido se vieron ciertas cartas que el Capitán había enviado en la fragata que envió á España á pedir socorro, la cual dos galeotas de turcos habían tomado en la isla de Mallorca con alguna gente de los que iban en ella, como arriba está dicho.

Esta carta del Rey puso mucho temor y miedo en los más que se hallaron á leerla, según paresció por sus aspectos, especialmente en Bartolomé Lavado, tiniente de veedor, y los que con él se solían juntar, porque salidos de allí se supo cómo habían tratado entre ellos secretamente diciendo questaban en gran peligro de perderse y que convenía tratar con el Capitán que hiciese partido con el Rey en todo caso, como después lo pusieron por la obra, como adelante se dirá.

De cómo venida la noche se salió del castillo por una tronera un trompeta y se fué á los turcos.

Venida la noche repartióse la gente como solía para la guarda del castillo, y acaesció que un trompeta que se decía Juan Rodríguez, catalán, hombre mancebo y que era tenido por buena persona, y en tal posesión estaba, venida la noche se salió disimulando por una tronera á vuelta de otros soldados que salían al foso á hacer la guardia, y siendo fuera, se apartó de los compañeros diciendo que iba á hacer aguas, y como fué un poco alejado se pasó á los turcos y pidió que le hiciesen turco, y dióles aviso que asestasen el artillería á la torre que decían de las Cabezas, porque allí estaban dos piezas que guardaban todo el lienzo que batían los turcos, y que cuando quisiesen entrar, de aquel través les haría gran daño, y les dijo cómo las gentes de Bugía estaban turbados y medrosos, y que les acometiesen seriamente.

En Argel se supo el aviso que éste dió, que fué harto daño para la fortaleza, y otro día de mañana comenzaron los turcos á batir la dicha torre y derrocaron un gran pedazo della y descubrieron las dos piezas de artillería que allí estaban, y no se pudo con ellas más tirar, y el artillería de los turcos las echó de allí, rompiendo los carretones, y la una dellas hizo pedazos.

De cómo el contador habló al Capitán delante del veedor y Luis Godínez que le diese cien hombres para proveer en muchas partes que había necesidad.

Habiendo pasado lo que arriba está dicho, estando juntos el capitán D. Alonso de Peralta y Luis Godínez y Bartolomé Lavado, tiniente de veedor, llegó el contador Pamenes allí y dijo al Capitán y á los otros: «Señor, yo veo que los trecientos hombres que vinieron en el galeón se andan por ahí sin saber quién los manda, y por ésto no sirven los más dellos; parésceme sería bien repartirlos por sus cuadrillas, y á mí que me diese cient hombres dellos, que yo los haré entrar en concierto y que sirvan,» lo cual no se hizo porque el veedor Lavado lo contradijo, y en aquella sazón no se hacía más de lo quel mandaba, y él tenía odio al Contador, aunque no se lo mostraba, porque antes de entonces le decía lo que mal hacía, y tuvo temor que si en aquel tiempo el Capitán le diera cient hombres, no viniera á efecto lo que después se hizo, y ésto se decía en el Baño de Argel entre los soldados de Bugía.

De cómo á cabo de cinco dias que se daba batería á Bugía arremetieron los turcos á la muralla y comenzaron á subir, y lo más que pasó.

Un jueves entre las diez y las once del día, poco más ó menos, estando D. Pedro de Peralta, alcaide que había sido del Imperial, en el reparo alto con mucha gente, comenzaron unos morillos á subir por la parte de fuera, y vieron unas piezas que estaban arrimadas á el bastión y tomaron dos ó tres dellas, y como los otros moros vieran aquéllo, comenzaron á subir muchos dellos para tomar de aquellas piezas, pensando que de la parte de dentro no había guarda, y como fueron vistos por los soldados, comenzaron á tocar el arma, y así revolvieron los de dentro contra los enemigos, y cuando el Rey vido ésto, mandó llegar su gente á la muralla, y poniendo muchas escaleras comenzaron á subir, y por unos traveses que había de la parte de dentro se hizo mucho

daño á los enemigos con unas piezas pedreras que estaban puestas para aquel efecto, echando los cristianos dentro dellas muchas talegas llenas de piedras, y como los turcos y moros iban subiendo y se llegaban de golpe á la muralla, con aquellos cañones pedreros mataban muchos dellos.

Duró este combate hasta que la noche los departió, y andando la priesa del combate, oyóse que decían los cristianos en algunas partes de la muralla: «venga gente aquí», y en el reparo donde estaba D. Pedro había muchos tirafuegos y arcos alquitranados con su pólvora para arrojar á los enemigos cuando subiesen, y esto se puso á mal recaudo, que un soldado, con una mecha que traía colgando les pegó fuego, y fué tan grande que se quemaron dos ó tres soldados, y los enemigos comenzaron entonces á dar mayor prisa, dando muy grandes alaridos, diciendo: «á ellos, á ellos», y en esta sazón, oyendo el Contador que pedían gente, miró por el Capitán para decirle que proveyese aquello, y como no le viese preguntó por él, y parece ser que le habían aconsejado que se retrajese en su posada y no saliese de allí, porque como de fuera tiraban los enemigos mucha escopetería, no peligrase estando en la muralla, y sabido esto por el contador abajó de la muralla corriendo y encomendó á Ochoa de Çalaya mirase por toda aquella estancia y fué donde el Capitán estaba, al cual halló como turbado y le dijo: «que esto, señor; ¿qué haceis aquí? ¿Cómo estando los enemigos pugnando para entrar en vuestra fortaleza, estais aquí encerrado como hombre cobarde? ¿Qué diablo es esto?; no os acordáis, señor, que pocos días há rogábades á Dios os hiciese tanta merced que siendo hoy capitán de Bugía viniese el rey de Argel sobre ella, porque pensábades ganar más honra que todo vuestro linaje? Pues agora tenéis tiempo de ganar esa honra que decíades, y no encerraros aquí, estando los enemigos combatiendo la fortaleza para tomárosla; y el Capitán le respondió: «Aquí me han dicho que esté.» Y el Contador le respondió enojado: «no conviene á vuestra honra que estéis aquí, por tanto, andad acá presto, que sois menester para que vuestra gente os vea y los esforcéis y ayudéis en persona á defender vuestra fortaleza como buen alcaide», y entonces el Capitán salió de allí y juntos subieron á la muralla, y el Capitán rogó al Contador que se estu-

viese allí con él para avisarle de lo que se había de hacer, y así estuvo allí hasta que los enemigos se apartaron siendo de noche, y en todo este tiempo el Capitán hablaba á los soldados diciéndoles: «Ea hermanos, ea leones, que agora es tiempo de hacer como buenos», y de allí mandó traer muchas alcansías de pólvora, y el contador Pamenes hacía proveer que las encendiesen con gran recaudo, teniendo mucho cuidado de mirar que por toda la muralla por donde los enemigos subían hubiese buen cobro, y este día estaban el Veedor y los que antes solían mandar la gente muy turbados, y ninguno parecía en la muralla excepto Ochoa de Çalaya, tiniente de pagador, que aquel día trabajó en la muralla valerosamente, y también el capitán del campo estuvo allí cerca, algo más bajo, la espada sacada diciendo: «Tené, señores.»

De la gente que murió en este combate.

Es de saber que este día, la escopetería de los enemigos y la artillería que habían dejado en el castillo Imperial, hicieron mucho daño en los de Bugía, porque los escopeteros se ponían de mampostería detrás de las paredes de las huertas y aduares que había entre los dos castillos y esto fué harto inconveniente para los de Bugía y provecho para los turcos, y venida la tarde de este día, un artillero francés que venía con los turcos se había subido á lo alto del castillo Imperial y según se supo en Argel, decía: «Dejáme tirar á estos perros destos españoles que son enemigos de mi Rey», y tiró desde allí ciertos pelotazos á los de Bugía y mató más de veinte soldados, entre los cuales, se dijo, mató á D. Pedro de Peralta, alcaide que había sido del castillo Imperial de esta manera: que tiró una pieza y con la pelota dió en una viga grande que estaba hincada derecha en el reparo nuevo que se había hecho, y arrebató un pedazo de aquella viga y dió con él al dicho D. Pedro y le partió la cabeza por medio y murieron en este combate cuarenta y dos soldados, los más de ellos heridos en la cabeza, y fueron heridos de escopeta sesenta y cuatro ó sesenta y cinco, y quedó la gente de Bugía que escapó, tan alterada y turbada que no había hombre que se acordase de sacar los muertos de la muralla, y viendo esto el Contador, siendo ya de

noche tomó gente y los hizo llevar al monesterio de Santo Domingo, y allí los hizo meter en un hoyo de donde se había sacado mucha tierra para hacer un reparo; y murieron de los moros y alarbes comarcanos de Bugía más de seiscientos, según se supo por verdad, porque éstos eran los que más ahincadamente acometían á entrar, por el enojo que tenían por los daños que habían recebido de la gente de Bugía, y venida que fué la noche, los moros que escaparon de aquella refriega iban por la sierra dando voces y llorando, y preguntaban unos á otros á voces, que se oían en Bugía, por sus padres y hijos y hermanos, y otros les respondían que eran muertos, é iban haciendo gran llanto en su lenguaje, rasgándose las caras con las uñas, como lo tienen de costumbre, y desto hobieron mucho placer los de Bugía, y algunos decían: pues mañana, placiendo á Dios, llorarán de veras si procuran entrar acá. Y habiendo pasado esto, siendo ya bien de noche, el Contador hizo juntar algunos soldados que andaba desmandados, y muchas mujeres y esclavas y otra gente estravagante, y por una tronera grande que estaba en la torre del Esparto, que salía fuera á la cava por donde los enemigos daban batería, salió fuera con ciertos hombres del campo, ballesteros y ciertos escopeteros para hacer la guarda, y luego comenzaron, con muchas espuertas, á meter dentro tierra y ladrillo y pelotas y madera que había derrocado el artillería de los turcos, porque la cava estuviese más honda, porque los enemigos no pudiesen tan fácilmente entrar, como en semejantes tiempos conviene que se haga.

De cómo acabado el combate, Bartolomé Lavado, teniente de veedor, y otras personas, se juntaron en casa del Capitán á media noche, y lo que allí pasó.

Como los turcos hovieron dejado el combate y recogido por la noche que sobrevino, y el Capitán de Bugía con su gente se retrajeron por descansar del trabajo pasado, dejando en la muralla el recabdo que convenía para la guarda, y siendo casi media noche, se juntaron ciertas personas, de quien se tuvo sospecha que de antes tenían pensado de tratar con el Capitán, que hiciese

partido y capitulación con el Rey de Argel, y para entregarle á Bugía, como después se vido, se fueron á la posada del capitán D. Alonso de Peralta, y conoscido dél que tenía falta de buen juicio, comenzaron á tratar con él en ello, poniéndole delante el peligro en que estaban de perderse, encareciéndoselo más de lo que era, de manera que fácilmente le movieron á su mal propósito, y después de haberle hablado determinaron de mandar venir allí á Luis Godínez y á todos los que les paresció que eran hombres para hacer caso dellos en aquel negocio, y los que entendieron en esto, según fué público, fueron principalmente Bartolomé Lavado, teniente de veedor, en cuya posada secretamente se habían juntado á tratar de hablar al Capitán para que se hiciese partido con el Rey de Argel, según fué público, y con él Cristóbal de Tabladillo, escudero que había sido de caballo, y Diego de Bárcena, su hermano, naturales de Medina del Campo, y Alonso Sánchez Crespo, capitán del campo, y Tomás del Castillo, y Melchor Alvarez, escudero portugués.

Estos, según se decía y después pareció, eran los que secretamente, con el teniente de veedor, se juntaban para entender en estos negocios, y venidos que fueron los demás, comenzaron á tratar en el negocio con el Capitán, persuadiéndole á que en todo caso hiciese partido con el Rey de Argel; y á la sazón no fué llamado el contador Pamenes, y entre ellos hubo quien dijo que llamasen para aquello á el dicho Contador, pues todos los demás de Bugía estaban allí, y el Capitán mandó que le buscasen y llamasen, y entonces los que arriba están declarados dijeron que no le llamasen, porque ellos le habían dicho pocos días había que se juntase con ellos para hablar al Capitán sobre ello, y que se había enojado en tanta manera en oirlo, que por poco echara mano de las armas, y que había jurado que mientras fuese vivo no había de consentir que ningún partido se hiciese con el Rey de Argel, y que si agora lo llamasen sería ponerlos á todos en revuelta, y así no se haría nada que fuese bueno, porque era un hombre cabezudo, y si una vez tomaba un tema, no había quien le sacase dello, y el Capitán dijo que él quería y era su voluntad que el Contador viniese allí y que cada uno dijese su parescer, y así le mandó á llamar con un alabardero suyo, el cual halló que

estaba fuera de la muralla con ciertos hombres del campo, haciendo la guardia y dando prisa á los que sacaban de la cava lo que había caído de la batería, para ahondarla, que otro día no hubiese tanto aparejo para la entrada de los enemigos, y á esta sazón se habían metido aquella noche muchas pelotas de hierro colado de las que los enemigos habían tirado á la muralla, que pesaba cada una lxiij libras, y como llegó el mensajero dijo á el Contador que el Capitán le llamaba y que fuese luego á su posada, y él respondió que le dijese que no podía ir, que estaba entendiendo en cosas que tocaban á la defensa de Bugía, y así se escusó por entonces; y luego el Capitán tornó á mandar que le llamasen, que viniese luego en todo caso, que era cosa que mucho convenía al servicio de S. M., y luego volvió el mensajero y dijo lo que el Capitán mandaba, y como el Contador vido esto, tomó sus armas y fué con el mensajero á ver qué mandaba el Capitán, y entró en una cámara donde él dormía, y como vido los que estaban dentro con el Capitán, dijo: «Qué diablos de junta es esta á tal hora?» Y el Capitán respondió: «Ya venís echando chispas; bien decían acá que nos habíades de poner en revuelta en viniendo». Y el Contador respondió: «Veo aquí gentes que no me contentan nada: yo seguro que alguna trama se debe tener ordenada, que tengamos todos en que entender, y plegue á Dios que sea todo agua limpia». Y ninguno le respondió, y el Capitán le dijo que callase hasta tanto que le preguntasen, y entonces podría decir su parescer; y el Contador se asentó junto al capitán del galeón; y las personas que en aquel tiempo estaban presentes con el Capitán son las siguientes.

Luis Godínez de Alcaraz y el licenciado Belorado, su alcalde mayor, y Gaspar González, su secretario, y Alonso Sánchez de Villasur, su alguacil, que habían venido con él, y de la otra parte estaban Bartolomé Lavado, teniente de veedor y Diego de Bárcena, alférez de la gente de caballo, y Cristóbal de Tabladillo, su hermano, y Alonso Sánchez Crespo, capitán del campo, y Ochoa de Çalaya, teniente de pagador y Domingo de Alcibar, pagador, que estaba mal dispuesto, y Tomás del Castillo, alférez de la gente de pie, y Juan de Milán, mercader, y fray Gregorio Manjarrés, prior de un monesterio de Santo Domingo que allí

había, y luego, por orden, estaba el contador Pamenes, y luego el capitán del galeón. que se decía Asensio de Artiaga, que también estaba mal dispuesto, y Bartolomé Ximenez de Morón, cuadrillero del campo, y de la parte de fuera, á la puerta de la cámara había mucha gente, soldados y escuderos, mirando y escuchando lo que pasaba, y luego el Capitán comenzó á hablar en esta manera.

Pues el Contador es venido, tornaremos á nuestra plática de nuevo y dijo: Señores, ya habéis visto el combate de manos que ayer nos han dado los turcos, y si durara el día nos entraran por fuerza, y la gente que nos han muerto, y como nos han derrocado mucha parte de la muralla y no podemos ni esperamos ser socorridos, y el peligro en que estamos de perdernos, por tanto, si os parece que hiciésemos partido con el rey de Argel para que nos diese libertad y navíos para irnos á España con nuestras haciendas y mujeres y hijos y armas, y como mejor nos paresciera, y le dejemos la tierra, pues ya no hay remedio de podernos defender, ni esperamos ser socorridos, y para que cada uno diga su parescer os he enviado á llamar, y vos señor Luís Godínez decí primero vuestro parescer.» Y el dicho Luís Godínez respondió, que no quería entender en las cosas tocantes á la guerra pues ya se lo tenía requerido y mandado, y también S. M. se lo mandaba por sus provisiones; y el Capitán le dijo que por qué en aquello no diera su parescer, y el dicho Luís Godínez dijo, que porque no le parescían bien aquellas cosas, como ya otra vez se lo había dicho, y que pues era Alcaide y capitán, mirase bien lo que hacía, y que si Dios le daba vida, él daría cuenta á S. M. de lo que se hiciese, y que otra cosa no sacarían del de aquí al fin del mundo, pues no era parte para más, y el Capitán entonces dijo: «Decí lo que quisiéredes, que sin vos haremos lo que convenga y mejor nos parescerá», y volvióse á la otra parte donde estaba el veedor Bartolomé Lavado y le dijo: «Pues ea, señor Veedor, decid vos vuestro parecer en esto»; y el dicho Lavado respondió: «Señor á mí me paresce que v. m. lo debe hacer como lo dice, que mejor es que se salven tantos soldados y mujeres y niños y nuestras haciendas que no dar lugar á que todos nos perdamos mañana, que si los turcos nos dan otro combate

nos tomarán por fuerza y no darán vida á ninguno, y todos nos perderemos, y en esto v. m. hará servicio á S. M., y este es mi parescer.» Y luego preguntó á Diego de Barcena, alférez que estaba junto á Lavado, que dijese su parescer, el cual respondió que era bien y le parescía que se hiciese partido con Argel, y luego preguntó a Ochoa de Çalaya, teniente de pagador, que qué era su parescer, y él respondió que se hiciese partido con los turcos; y luego Cristóbal de Tabladillo dijo lo mismo, y no se pudo entender qué era lo que respondió en esto el pagador Domingo de Alcibar, y luego el Capitán dijo: «Ea, señores, cada uno diga por orden su parescer», y entonces hablaron Alonso Sanchez Crespo, capitán del campo y Tomás del Castillo, alférez de la gente de pie, y Juan de Milán y Fr. Gregorio Manjarres, y todos á una voz diciendo que les parescía que se debían hacer los partidos con el Rey, y en todo esto estaba el contador Pamenes torciéndose las manos y dando gemidos, que las lágrimas de los ojos le corrían por la cara de ver lo que pasaba, y habiendo votado por orden como estaban sentados, no habiendo antes del otro a quien cupiese hablar, el Capitán le dijo que dijese su parescer, el cual se levantó en medio dellos y dijo: «Señor, a mí no me paresce nada de lo estos les ha parescido», y el Capitán le dijo: «Pues qué es lo que os paresce?, y el Contador le respondió, «lo que a mí me paresce es que defendáis vuestra fortaleza como buen alcaide, y que todos os ayudemos hasta morir, que Dios nos ayudará, y no hagáis otra cosa ni por pensamiento os pase, si no queréis caer por ello en caso de traición contra el Rey, como lo disponen las leyes destos reinos, y estos señores no deben de entender el gran yerro que se haría en entregar a Bugía a los turcos con ningún partido, porque si lo entendiesen no habrían votado tan determinadamente que la entregásedes, como lo han hecho, cuanto más, que después que los enemigos se vean dentro, no guardarán cosa de cuanto os prometieren, como tienen por costumbre de hacer en semejantes negocios, pues para perdernos más vale morir, haciendo como buenos, que no entregarnos á nuestros enemigos haciendo como ruines, y bien paresce que costates poco a criar á estos señores, pues tan determinadamente han votado que os perdáis, porque yo os cer-

tífico que si vos hacéis lo que ellos han dicho y votado que hagáis, vos haréis el mayor yerro que nunca hombre hizo, y vos lo paguéis por vuestra cabeza, honrra y bienes, si á España vais, ó donde quiera que os hallaren», y diciendo estas palabras mostraba estar muy enojado, y luego comenzó á decir, enderezando su habla al teniente de veedor: «Y vos, señor Lavado, parésceos bien votar y consentir en tan gran yerro y maldad como esta; mal haya cuanto sueldo el Rey os ha dado á vos y á estos caballeros, que tan mal pago le dais en querer entregar su tierra á sus enemigos; y pluguera á Dios que yo pudiera dar castigo en esto, que por vida del Rey que antes que de aquí me partiere, ya hiciera un castigo en vosotros que sonara por toda España; y desto bien se yo quien tiene la culpa, que es el Capitán; y volviendo á hablar con el Capitán le dijo: «De mí sed cierto señor, que mientras la vida me turare no tengo de consentir que Bugía se entregue a los enemigos, y si alguno hay que lo contradiga aclárese luego, porque hago juramento á Dios que yo le haga que noramala aquí entró, como hombre que se ha mostrado contra el Rey.» Y a todo esto ninguno le respondió palabra, y entonces el Capitán, viéndole tan enojado dijo: «Pues señor Contatador, parésceos á vos que sea así como decís?» Y él respondió: Sí me paresce, y no se ha de hacer otra cosa ó tengo que perder la vida sobre ello, aunque será á costa de algunos de lo que esto han inventado», y el dicho D. Alonso dijo: «Pues sea ansí; yo quiero morir y defender la fortaleza, por tanto, cada uno se vaya luego á su estancia.» Y entonces dijo Juan de Milán: «Haz cuanto quisiéredes, que por vida de Diu, no nos podemos escapar de no ser perdidos mañana; más que dar una puñada en el cielo.» Y el Contador le dijo: «Eso sería si fuésemos todos vos», y luego dijo D. Alonso Sanchez Crespo: «Pues yo juro á Dios que, pues así queréis, que vos habéis de estar mañana en el reparo alto, donde estaba D. Pedro», y el Contador le respondió: «Ese lugar quiero yo, que no es para vos ni para ninguno de cuantos aquí estáis, y así ruego al Capitán que me señale la parte donde más peligro se espere haber, y necesidad, que yo me profiero de estar allí, porque yo no vengo aquí a vender palabras, como vos, sino obras, que bien sabéis vos que no acostumbro yo huir de

los peligros.» Y luego el dicho D. Alonso dijo al Contador: «Pues sea así, y vos estaréis arriba en el reparo alto, en lugar de D. Pedro, mi primo, y yo os proveeré de gente y comida y lo que más hobiéredes menester.» Y el Contador le dijo que le placía y que perdiese cuidado de aquello, que mientras él tuviese vida no le entrarían por allí los turcos, con ayuda de Dios, en quien confiaba, y luego el Capitán le dijo: «Habéis cenado, señor Contador?», y él dijo que no, y el capitán le dijo: «Pues andad con Dios; íos á cenar y antes que amanesca, tomá la gente que quisiéredes, subíos arriba, y yo mando de parte del Rey que todos los que hubiéredes con vos hagan lo que mandáredes como mi persona, y vosotros, señores, andad con Dios y caya uno se vaya a su estantia, que yo determino que defendamos la fortaleza.» Y así todos se salieron, especialmente el Contador y Luís Godínez y su gente, y el capitán del galeón y otros muchos, pensando que en lo concertado no hubiera falta.

De cómo salidos Luís Godínez y el Contador y otros con lo que el Capitán había determinado, se tornaron á juntar ciertas personas y volvieron al Capitán, y lo que allí pasó.

Habiendo ido de allí juntos el contador Pamenes y Luís Godínez con sus oficiales y el capitán del galeón y el veedor y los que con él tenían ordenado que se entregase Bugía á los turcos, revolvieron luego sobre el Capitán, conosciendo dél que fácilmente le harían mudar del propósito que tenía, y tornaron á entrar en la misma cámara donde antes estaba y le tornaron á hablar diciendo que en todas maneras convenía que se hiciese partido con el Rey, porque en ninguna manera, venido el día, se podrían escapar que no fuesen tomados y muertos, y que no curase de lo que el Contador había dicho, que aquello era lo que le convenía y á el servicio de S. M., y tanto porfiaron con él, que le convencieron, y el Veedor traía ya de su posada, escritos de su letra, los capítulos como á él le había parescido que se debían de hacer, enmendados y borrados, y el Capitán, conforme aquéllos, comenzó á trasladallos de su letra, porque era buen escribano, y en este ínter se pasaron cerca de tres horas, y estando acabando de

escrebir los capítulos, ya el contador Pamenes venía con ciertos amigos para subir al reparo donde había de estar, y llegando á la mazmorra, le dijo un alabardero: «No se dé v. m. tanta prisa, señor Contador,» y él le preguntó que por qué; el alabardero le dijo: «Porque ya hay otro acuerdo,» y el Contador le dijo: «¿Cómo?» y el soldado le dijo: «Entre allá y verlo há,» y el Contador entonces dijo á los que iban con él. «Señores, esperadme aquí, que luego vengo,» y hincó una lanza gineta que llevaba en las manos junto á la mazmorra, y encomendóla á uno y entró á la cámara donde antes estaban y halló la puerta cerrada y empujóla recio, á la cual, de la parte de dentro, estaba arrimado Juan de Milán, y tenía una vela de cera en las manos, alumbrando á el Capitán, que estaba sentado en una silla escribiendo los capítulos que después envió al Rey, y como el Contador empujó recio la puerta, ahina hiciera caer de pechos al dicho Juan de Milán encima del Capitán, y como hubo entrado dentro, alterado el Capitán, que lo vido así, levantóse en pie y dijo á el Contador: «¿Qué es ésto, señor Contador, qué es ésto?» Y el Contador le respondió: «Mas qué es eso,» y al tiempo que entró vido que estaban dentro encerrados con el dicho capitán Bartolomé Lavado y Cristobal de Tabladillo y Diego de Bárcena, su hermano, y Ochoa de Çalaya y Juan de Milán y Tomás del Castillo, que eran los que antes andaban concertando la entrega de Bugía, según era público, y enderezando su habla para ellos, dijo: «¿Qué es ésto? ¿qué haceis aquí vosotros? ¿por qué no os vais á vuestras estantias, como os está mandado? y vos Lavado y Tabladillo, ¿qué haceis aquí? ¿habeis trabado ya alguna trama para mudar al Capitán de su propósito? Salí fuera; iyos á vuestras estantias, como os está mandado;» y mostrando en ésto mucho rigor, se comenzó de allegar hacia el veedor Lavado, diciéndole que saliese fuera, y el Capitán entonces, viendo ésto, tomó al Contador de la mano y le metió en una recámara que estaba allí, llevando la candela en una mano y el tintero y papel de los capitulos en otra, diciéndole: «Andad acá, señor, y mirad qué os digo,» y estando dentro puso la candela en un candelero y dijo á el Contador en secreto: «Señor Contador, juro por Dios que es verdad que están repartidos más de cuarenta ducados entre unos soldados para que

os den escopetazos;» y el Contador dijo: «Y ¿por qué? ¿Qué he hecho yo?» y el Capitán le dijo: «Porque habeis tratado al Veedor y á esos otros, siendo personas honradas, como si fueran negros de Guinea.» Y el Contador le dijo: «¿Pues cómo, señor, trabajando yo en lo que toca al servicio de S. M. y á vuestra honra, consiente v. m. que se haga eso contra mí?» Y él le respondió: «¿Qué quereis que haga yo, señor, que cada uno hace lo que quiere?» Y el Contador le dijo: «Esa culpa vuestra es, que si en los principios, cuando éstos os comenzaron de hablar en esto de entregar á Bugía con partido, hobiérades descabezado dos ó tres dellos, ninguno se os osara desmandar; pero ellos han conocido que estais flaco de cabeza y por eso hacen lo que hacen, y si eso es así, yo divinaré con el dedo quién puede ser; mas yo prometo á Dios que si antes que me maten yo le encuentro, él me lo pagará, y venga lo que viniere,» y queriéndose salir de la cámara, el Capitán le dijo que esperase allí un poco, quel le traería un aviso con que se holgase de saberlo, y dejó la candela allí y salióse fuera y tiró de la puerta, que era nueva, y de golpe cerróla y fuese de allí, y según después se supo, fué á despachar los capítulos para el Rey para entregarle á Bugía, y enviólos con Juan de Milán y Ochoa de Çalaya al Rey de Argel por la misma tronera de donde el contador Pamenes había estado un poco antes, los cuales fueron juntamente á hablar al Rey para que otorgase al Capitán y gente de Bugía lo que por ellos pedían, y estando en Argel se supo de muchos alcaides que estaban con el Rey en la toma de Bugía que el Rey había respondido que no les quería hacer ningún partido, sino que por fuerza los quería tomar, diciendo que él estaba en su tierra y que los de Bugía no podían ser socorridos, porque las cartas y navíos que habían enviado á pedir socorro él los había tomado cabe Mallorca, y despidiólos desta manera, y que Juan de Milán le había dicho en lengua turquesca que, por amor de Dios, pues el Capitán se daba á partido y le dejaban la tierra, que lo hiciese bien con él, y que el Rey le había tornado á decir que no le quería hacer ningún partido, sino tomarlos por fuerza y vengarse dellos, porque le habían muerto en el combate mucha gente, y que les paresció que Juan de Milán mostró tener temor y que se había hincado de rodillas

ante el Rey rogándole que le hiciese algún partido, y que allí se acordó entre el Rey y sus alcaides que les diesen libertad para ciento y veinte hombres, los veinte fuesen los que el Capitán escogiese y los ciento los que el Rey les quisiese dar para venir en España, y que con ésto le mandó que se quitase delante del, y que Juan de Milán le habló en turquesco diciendo que con aquel partido la gente no se daría; mas que para complir con los de Bugía, hiciese escribir en los capítulos que él les otorgaba lo que por ellos pedian, y después de entrado con su gente en la fortaleza, podría hacer lo que quisiese, y que el Rey le había respondido que él no quería hacer aquéllo y que se fuese al Alamí ó á otro que lo hiciese escribir, y que Juan de Milán había ido al Alamí que hiciese escribir aquéllo para complir con la gente de Bugía y no se resabiasen, y quel Alami lo había hecho escrebir en la margen de los capítulos, de la manera que adelante se dirá.

El traslado verdadero de los capítulos y partidos que el Capitán de Bugía envió á pedír al Rey de Argel, al tiempo que tenía puesto cerco sobre Bugía, que le otorgase y le dejaría la fortaleza, no se ha podido haber, porque teniéndolos el Capitán en las manos y queriendo reclamarse al Rey, porque le parescía que no cumplían con él conforme á ellos, el Rey de Argel lo remitó al Alami, y llegado ante el Alami con ellos, el Alami se los tomó de las manos la misma mañana que los turcos entraron en Bugía, y nunca más se los quiso dar, y lo que se supo con verdad de lo que en ellos se contenía es lo siguiente:

Los partidos y condiciones que D. Alonso Carrillo de Peralta, alcaide y capitán de Bugía, por S. M., por sí y en nombre de toda la gente de guerra que en ella reside, pide al Rey de Argel que les otorgue, son los siguientes:

Lo primero que les dé libertad y lugar para que puedan pasar en España á todos, chicos y grandes, mujeres y hijos libremente, con sus dineros y haciendas, y todo lo que tuvieren y tienen al presente, y con sus armas, sin que de ninguna persona por él, ni por ninguno de sus corsarios, les sea puesto impedimento alguno.

Item que para esto les mande dar navíos convenientes en que todos puedan pasar, y bastimentos y panática y aguaje para su camino, sin que les cueste cosa alguna.

Item que le mande dar salvoconducto para todos sus corsarios que los dejen ir libremente sin que se les haga alguna molestia.

Item que así mismo dé libertad al alcaide del castillejo de la mar, que tiene en sus galeras, con todos los que con él han tomado en el dicho castillo para que tambien se puedan ir en España con ellos.

Item que si durante el tiempo que ellos no hubieren partido, de este puerto viniese un bergantín que han enviado á España á pedir socorro, que así mismo el dicho bergantín y los que con él vinieren y lo que trajere, sean libres para que se puedan volver con ellos á España sin que les sea puesto ningún impedimento por el Rey ni por los suyos, sino que vayan debajo de salvoconducto de su Alteza, ni más ni menos que el dicho Capitán y su gente.

Item que el Rey ni los suyos no hayan de entrar dentro en Bugía hasta que sean pasados tres días, sino que el Rey pueda poner un alcaide con veinte ó treinta turcos en el reparo alto de la dicha Bugía y no consienta que ninguno de los suyos baje de allí, porque el dicho Capitán y su gente se puedan embarcar en los navíos que su Alteza les diere, con todas sus haciendas y personas, sin que nadie les enoje.

Y con esto le dejarán la fortaleza con lo que más en ella hobiere, y no de otra manera, y estos capítulos y condiciones pide el dicho Capitán que se han de cumplir, y el Rey responda á ellos lo que le paresciere, y lo que respondiere asiéntelo por escrito y séllelo con su sello y tava real y envíelo para que el dicho Capitán vea lo que le conviene.

Esta relación fué sacada en Argel, que la dió un renegado que se había huido de Bugía, criado del Alami que tenía los dichos capítulos; los cuales capítulos, de suso contenido, envió el capitán de Bugía al Rey de Argel con Juan de Milán, mercader, y Ochoa de Çalaya, teniente de pagador, los cuales fueron con ellos al Rey y trajeron escrito en la margen, de letra portuguesa lo siguiente:

Yo Azán Bajá, Rey de Argel digo, que otorgo al capitán y gente de Bugía lo que piden por estos capítulos, é excepto la paga de la Goleta que ahí tienen, y artilleria y municiones y la tierra, que quiero para mí.

Y habiendo escrito ésto lo había sellado con su tava, porque creyesen los de Bugía que iba de mano del Rey. Esto Juan de Milán lo trató con el Rey, hablando en lengua turquesca con el, porque Ochoa de Çalaya que iba con él, no entendiese lo que negociaba, y ésto fué muy público entre los turcos, así estando en Bugía como después de venidos en Argel, y como hubo ésto, vinieron luego los dos al Capitán y le entregaron los capítulos, el cual tuvo entendido del dicho Juan de Milán que aquello que venía en la márgen de los capítulos se lo otorgaba el Rey.

De cómo el Capitán volvió adonde había dejado al Contador y muy alegre le mostró los capítulos con lo quel Rey les otorgaba.

Ya está dicho cómo el Capitán dejó al Contador en aquella cámara cerrado con llave y se salió fuera, y luego se tornó á juntar con el Veedor y sus compañeros que allí estaban, y cómo despachó los capítulos para el Rey, y entretanto, viéndose el Contador encerrado, comenzó á llamar dando voces que le abriesen, y como ninguno le respondió, comenzó á dar golpes con un basco largo en la puerta, para quebrarla, y á los golpes que daba vino el Capitán, y cuando llegó, ya la puerta estaba casi quebrada, y como vido aquello dijo: Qué es ésto, señor Contador, y se entró en la cámara con él y le dijo que no tuviese enojo, que mejor era lo que él había negociado que lo quel quería que hiciese, y en esta ocasión ya se hacía de día, y entonces dijo el Contador que qué era lo que había negociado, y el Capitán le mostró los capítulos y lo que venía en la márgen, y como el contador Pamenes lo hubo leido y entendió el negocio, tomó grande enojo y le dijo: «Todavía habéis querido hacer el parescer destos, y el vuestro en ésto paresce que habeis perdido el seso del todo, porque habéis hecho la mayor maldad que nunca se hizo, y para todo ésto me dejásteis encerrado. Agora digo que del todo somos perdidos por falta de buen capitán;» y hacía cosas que bien mostraba en lo

exterior el dolor y pesar que tenía en lo interior de ver perdida la gente y la fortaleza.

El Capitán lo estaba mirando, espantado de ver lo que hacía contra él, y le dijo que le rogaba que callase y viese cuán bien lo hacía el Rey con ellos, y el Contador le dijo: «Qué bien os parece que hará sino usar de cautela con vos prometiéndoos mucho para no daros nada; porque en esto hay dos cosas: la una, que ó él no tenía esperanza de tomar la tierra, ó promete todo lo que pedis para después de entrado no daros nada, como lo acostumbra también hacer»; y el Capitán comenzó á decir que él guardaría mucho bien todo lo que había prometido, y que en ello no habría falta; y el Contador le respondió y dijo: «Ah, Sr. D. Alonso, cómo nos habeis echado á perder por consejo destos bellacos traidores á Dios y al Rey; y qué seguridad tenéis dese cumplimiento del Rey? Si no lo cumple, pedídselo en chancillería»; y al fin le dijo: «Vos lo habéis hecho y vos lo pagaréis con deshonra de persona y perdimiento de la vida y hacienda, y nosotros personas y haciendas». Y el Capitán se enojó y dijo: «Yo lo he hecho y en ello he servido á S. M., y tengo esperanza que por ello me ha de hacer mercedes; y vos, señor, ios á vuestra casa y no salgais á la plaza hasta que el Rey haya subido en el reparo alto, porque juro á Dios que si salís, os han de dar dos ó tres arcabuzazos y os quedaréis con tanto»; y en ésto ya el Rey había subido en el reparo alto, y el Contador se fué á su posada por unos corredores bajos, y halló á dos renegados que estaban despojando su mujer y dos hijas que tenía, de sus joyas de oro, y como llegó echólos fuera, sin saber que por entonces llevasen nada.

De como el Rey, estando en el reparo alto, visto que su gente se desmandaba á entrar á robar la tierra, abajó á tomar la moneda.

Luego la misma mañana que el Rey hobo entrado en el reparo alto de Bugía, visto que muchos turcos y renegados y moros, se desmandaban de entrar a saquear la tierra, por miedo que no entrasen en la casa de Ochoa de Çalaya, tiniente de pagador, do

estaba la paga de la Goleta y parte de la paga de Bugía, abajó del reparo alto con solos seis alcaides turcos y su Alamí, con solos sus alfanges ceñidos, y fué derecho por la plaza adonde estaban mas de ciento cincuenta hombres soldados y escuderos, juntos con sus armas, a la posada del Pagador, y al tiempo que bajaba por junto á la Iglesia, á la sazón subía el Contador por la calle del Cobertizo del Pagador, y como lo vido, dejólo pasar, y fué corriendo la calle arriba a la posada del Capitán y halló que estaban revueltos con él cinco ó seis renegados y turcos pidiendo que les diese algo y despachólos presto y salidos que fueron apartó al Capitán y le dijo semejantes palabras: «Señor Capitán, Dios os ha hecho hoy la mayor merced que se puede pensar, si la sabéis conocer, que habiendo perdido á Bugía tan desastradamente, ha querido que la tornéis á cobrar, si sois para ello,» y el Capitán le preguntó que cómo podia ser aquello, y el Contador le contó como el Rey en persona habia bajado del reparo alto y era ido á la casa del Pagador a tomar el dinero de las pagas de la Goleta y Bugía que habían venido en el galeón, con solos siete alcaides turcos, y que la codicia del dinero le habia movido a hacer aquel desconcierto, por tanto, que convenia que lo más presto que pudiese ser le diese treinta o cuarenta hombres y quel irá con ellos y tomara la puerta, y dejando alli buen recaudo subiera do el Rey estaba con doce ó quince hombres y prenderia al Rey con los que con él estaban, ó los mataria, y entre tanto mandase enviar secretamente al reparo alto á mandar que los soldados que alli estaban con sus armas, que eran mas de doscientos, no dejasen entrar ningun turco ni moro dentro, y teniendo al Rey en su poder, con los que con él estaban, les haria hacer lo que quisiese, y asi podría cobrar lo perdido, y esto, que él lo podía hacer fácilmente y tan secreto que cuando los turcos lo supiesen ya estaría todo hecho de manera que no lo pudiesen remediar, y así fácilmente cobraría y aseguraría su fortaleza, porque preso el Rey y los que con él estaban, no quedaba en su ejército cabeza ni persona que rigiese ni mandase la gente, y que si los turcos que habian entrado se pusiesen en arma para estorbarlo, en un credo eran todos muertos, porque no eran mas de hasta cincuenta ó sesenta y que desta manera tornaba á cobrar lo perdido, y que

desto no se diese parte a nadie, sino que lo dejase á él hacer, que él le haria ganar la mayor honra que se pudiese pensar en aquella sazón. Y habiendole dicho esto, le comenzó á dar mucha prisa porque pudiese llegar antes que el Rey saliese, y como el Capitán le vido tan determinado, comenzóse á santiguar diciendo: «Quitaosme delante, señor Contador y no parezcáis más delante de mi, que sois un escandalizador y alborotador,» y que andaba por echarlo á perder, y que juraba á Dios que estaba en punto de hacer en él un castigo que fuese sonado por todo el mundo, como á hombre que le aconsejaba hacer cosas tan feas, como era lo que decia que hiciese, habiendo entrado el Rey debajo de la palabra y seguro que él le había dado en nombre de S. M. y que si él consintiese hacerle algún daño, por el mismo caso merescería que S. M. le castigase por quebrantador de su palabra y seguro real, y que si esto viniese a oídos del rey de Argel, por el mismo caso los tomaria á todos por cautivos y a él le cortaria la cabeza. Y el Contador le respondió, pidiéndole por merced que no se enojase y que mirase bien que por hacer lo que él decia no caía en mal caso para con S. M., antes le haría muy señalado servicio, porque si bien miraba los capítulos que había hecho con el Rey, en uno dellos decía que no habían dentrar en la fortaleza él ni ninguno de los suyos dentro de tres días, y que él mismo había quebrantado lo que había puesto, y pues el Rey había rompido con él, que le rompiese la cabeza, pues lo podía hacer á su salvo, y que si así no lo hiciese, por el mismo caso merescería ser castigado, y que le dejase á él hacer esta jornada, que él se ponía á pagar la culpa que S. M. por ello le pusiese imputar, y que no hiciese otra cosa si quería acertar; y entonces el Capitán se enojó mucho y dijo: «Ios de aquí, señor Contador, que yo sé lo que hago mejor que vos lo que decís, y lo hecho está bien hecho y no curéis de hablar más en ello, no nos echéis á todos á perder con vuestras cosas que inventáis»; y el Contador le respondió: «por más perdidos de lo que estamos no me daré un clavo yo: siempre me temí que por falta de vuestra cabeza nos habíamos de perder»; y el Capitán respondió: «Yo tengo de dar cuenta á S. M. desto y no vos ni naide, por tanto, andad con Dios y no parezcáis más aquí.» Y así el Contador se partió de allí enojado, diciendo

muchas cosas contra el Capitán y los que le habían aconsejado, que arriba están declarados, diciendo que aquellos le habían movido á hacer el yerro, y que se había hecho en darse á los turcos, porque el Capitán estaba fuera de su juicio natural y no entendia el yerro que había hecho, y iba diciendo á los soldados que topaba que se juntasen con él y que fuesen juntos á casa del Pagador y prendiesen al Rey y á siete turcos que estaban con él y que desta manera tornarían á cobrar á Bugía, y todos respondían que si el Capitán no se lo mandaba ellos no podían hacer cosa ninguna, y el Contador les decía, pues bien os podéis tener todos por perdidos, que ya veis cómo los enemigos se entran habiendo capitulado con el Capitán que no habían de entrar en Bugía dentro de tres días, y al fin no creáis que os han de guardar nada.

De cómo el mesmo día que se entregó Bugía á los turcos echaron fuera toda la gente y los hicieron embarcar con toda la ropa y moneda que tenían.

Agora es de saber que el mismo día que con los partidos que el Capitán hizo con los turcos, el Rey y ellos entraron dentro y conforme á ellos no habían de abajar ni entrar en la tierra dentro de tres días, hasta tanto que fuesen embarcados los de Bugía con sus haciendas y armas y dineros, y todos, grandes y chicos en una nao en que habian traido el artilleria y en una carabela portuguesa que habia venido con el galeón á proveer á Bugía, y el mesmo día entraron mucha gente, y el Rey, como está dicho, que fué á tomar la moneda, que entró primero por miedo que otros turcos no se la tomasen, y los hicieron embarcar a todos en la dicha nao y carabela con lo que pudieron llevar, y habia tanta ropa y atavíos, que hinchieron la dicha nao y carabela de ropa, arcas y líos, y al tiempo que se iban a embarcar algunos, les quitaron los turcos y moros mucha ropa, y con todo esto hincheron la nao y carabela que no cabían más, y es cierto que según era público, nunca Bugía, después que era de cristianos había estado tan próspera como al tiempo que se perdió, que de ver el almoneda que se hizo en el Acelgar (sic) de las ropas y atavíos que

hallaron los turcos en Bugía era cosa rica de ver y lastimosa de contar.

El mesmo día, antes que saliese la gente de Bugía mandó el Rey sacar todas las esclavas y esclavos moros y cristianos que había y darlos á los moros de la tierra comarcanos para que cada uno tomase sus parientes y deudos que allí estaban, que había mas de cient muchachos y muchachas, dellos moros y dellos cristianos, sin mas de cuarenta moros que el Capitán tenía en una mazmorra, mas de los treinta suyos, y todos estos sacaron de la mazmorra estando presente el Capitán, el cual no mostraba pena de vérselos tomar, antes se estaba como riendo con ellos, diciéndoles: «Andad con Dios hermanos», y esto era especie de la locura que en la cabeza tenía, no tener en nada las cosas que via perder, aunque fuesen suyas, lo cual era muy contrario de su condición antes que aquella locura le tomase, según públicamente se decía.

Este mesmo día andaba el Capitán desatinado, y la gente de Bugía tan atribulada y cortada, que no había hombre dellos que hablase palabra, aunque muchos turcos y renegados trataban mal muchos dellos por robarles el dinero y lo que tenían, ascondidas del Rey, el cual mandó luego por la mañana que los dejasen embarcar con sus haciendas y mujeres y hijos, y les mandó quitar las armas á todos, y esto fué la causa que nadie osaba hablar ni defenderse, y acaesció que yéndose el Capitán á embarcar, estando en el reparo que decian de Don Luis, hacia la mar, y estando el Rey delante, llevaba el Capitán un cofre con cierta moneda, y vino un renegado por detrás y con un hacha de armas dió un golpe en el cofre y hízosele caer en el suelo, y al caer con el golpe se abrió y saltaron los dineros fuera por el suelo, y luego cargaron encima del más de veinte turcos y renegados y comenzaron á coger los reales, cada uno cual más podía y el Capitán se apartó de entre ellos riéndose, no sintiendo la afrenta que le hacían ni lo que le tomaban, como hombre que estaba desatinado, no se le acordando de lo que conforme á los capítulos había concertado, y así los turcos conoscian dél, estar con poco seso y juicio, y preguntaban los soldados si era su Capitán *mahabuel*, que quiere decir loco en su lenguaje, y entre los turcos se decía que

era hombre de poco juicio, pues no osaba hablar al Rey ni al Alamí, y así aquella noche no quedó hombre ni mujer en Bugía que no se embarcase, rescibiendo de los turcos mal tratamiento.

De lo que acaesció á Juan de Milán.

Ya está dicho que este Juan de Milán, calabrés ó milanés, fué por mandado del Capitán en compañía de Ochoa de Çalaya, teniente de pagador, á llevar los capítulos y pactos y hablar con el rey de Argel de entregar á Bugía, y como habló en lengua turquesca con el Rey por no ser entendido del que iba con él, y agora es de saber que fué muy público en Argel entre los alcaides que se hallaron presentes al tiempo que el dicho Juan de Milán habló con el Rey concertando lo que se había de hacer sobre los capítulos que el Capitán le enviaba á pedir, que el Rey le había respondido que no le quería dar nada, echándolo de sí con palabras soberbias, y que el dicho Juan de Milán había concertado con él secretamente, en turquesco, que diese libertad al Capitán, que se fuese en España con ciento veinte hombres, los veinte que los escogiese el Capitán y los ciento los que el Rey les quisiese dar, y con este partido del Rey se vino y trajo del Alamí escrito en la margen de los capítulos lo que arriba está dicho, y que en esto usó de cautela y engaño contra el Capitán y la gente de Bugía, dándoles á entender que el Rey les daba á todos libertad, porque se cree que si el Capitán y gente de Bugía supieran lo que él había hecho y concertado con el Rey en secreto, de no dar libertad más que á ciento y veinte hombres, antes se determinaran de morir todos que darse á los turcos, y desto se da la culpa principalmente al dicho Juan de Milán, porque si él dijera la verdad de lo que el Rey le había respondido, no se dieran ni rindieran á nadie, que más quisieran morir que quedar cautivos, y también se cree que Juan de Milán por propio interese suyo hizo aquella maldad, porque después de haber vuelto de hablar con el Rey, no pareció más, por temor que los soldados no supiesen el engaño y le matasen, antes se fué luego con lo que tenía á meterse en una galera de un turco renegado conoscido suyo, y allí estuvo hasta tanto que todos los de Bugía fueron embarcados,

y á cabo de dos ó tres dias que estaban embarcados, se vido que el rey de Argel le dió a Juan de Milán una carabela portuguesa mucho buena que había venido de España con el galeón de S. M. con bastimentos y provisiones para proveer a Bugía, y en ella se embarcaron el Capitán y Veedor y los demás que fueron en entregar á Bugía, como adelante se dirá, y por esto se ha tenido gran sospecha que el dicho Juan de Milán hizo y concertó con el rey de Argel lo de los ciento y veinte hombres, como está dicho, asi por miedo que tuvo de perderse con los otros, como por caer en gracia del Rey para que le hiciese alguna merced, como le hizo, y porque la intencion del autor de esta obra ha sido decir verdad por todas las vías y maneras que la pudo saber, y dar á cada uno el cargo ó descargo de sus obras, dice que este Juan de Milán en los principios después que el rey de Argel vino sobre Bugía, hasta la noche que se juntaron para entregarla á los turcos, como está dicho, trabajó así de noche como de día todo lo á él posible en la fortificación y defensa de Bugía, ordenando que se hiciesen reparos y bestiones por la parte de dentro y entendió él en persona en ello dando el modelo y orden dónde y cómo se habían de hacer, mostrando toda voluntad en defender la fortaleza tanto como el que más, sino fuera que después, al tiempo del menester faltó como los otros, como de suso está declarado, y otras muchas cosas pasaron en el cerco de Bugía que aquí no se hace mención dellas así por evitar prolegidad como porque no hacen mucho al caso.

De lo que acaesció estando embarcados el Capitán y gente de Bugía, pensando venir todos en España con libertad.

Estando así embarcados el Capitán con toda la gente que le había quedado en Bugía, la misma noche que se embarcaron vino luego una galera de los turcos á hacer la guardia de la parte de la mar de la nao donde estaba el Capitán y gente de Bugía, y viéndole el Contador dijo al Capitán: «Qué buena señal es ésta, señor Capitán; mucho me paresce que nos quiere el Rey, pues tanto cuidado tiene de guardarnos;» y el Capitán dijo: «¿Cómo?» y él le dijo: «¿No veis esa galera que está ahí para nuestra guar-

da? á osadas que nunca yo salga mentiroso;» y el Capitán le dijo: «Siempre anuntiais el mal antes que venga; el Rey lo hace por nuestro provecho, porque los moros no vengan de noche á nado á hurtar á la nao.»

Otro día por la mañana envió el Rey unos barcos á la nao y dijeron al Capitán que les hiciese dar docientos ó trecientos cristianos para que fuesen á limpiar el castillo de los cuerpos muertos que estaban por las calles alanceados de los moros y turcos, y de otras inmundicias, y que habiéndolo limpiado se volverían, y luego el Capitán don Alonso en persona los escogió de los más recios y mancebos que había, y así los llevaron á Bugía, y como esto vido el Contador dijo al Capitán: «Buena señal es ésta, señor Capitán, estos soldados me paresce á mí que ojos que los vieron ir no los verán volver; plegue á Dios que yo mienta;» y el Capitán le dijo que no tuviese miedo y que callase, que el Rey cumpliría lo que había prometido, y ninguno de los otros que estaban en el navío no hablaban palabra, antes estaban turbados, como estatuas, y este día salió el Capitán á hablar con el Rey para que les diese las velas y el timón de la nao, y viscocho, teniendo creído que todos habían de venir en España, como los capítulos lo pedían, y todo aquel día y el otro siguiente entendió el Capitán en meter agua en la nao y biscocho, pensando hacer su viaje con todos los que le quedaban, y el día siguiente, estando el Capitán y el Contador con algunos soldados haciendo hinchir unas botas de agua en el añoreta de Puerta Quemada, pasó por allí un jeque moro que se decía Cidi el Hax, y como vido al Capitán con algunos, estar allí, paróse á mirarlos y dijo al Alamí, que iba con él, que le diese un soldado de aquellos, y el Alamí le preguntó que cual quería, y él pidió á Tomás del Castillo, alférez que solía ser de la gente de pie de Bugía, porque este le paresció más bien dispuesto y mancebo que ninguno de los otros, y dos turcos le llamaron y entregaron al jeque y se lo llevó, que nunca más paresció, y dado caso que el Capitán vido esto, no habló palabra, como que no sentía aquello, y estando haciendo esto, entre tanto el Alamí del Rey, con ciertos turcos fué á la nao, do la gente de Bugía estaba embarcada, y tomó una hija del contador Pamenes, doncella de edad de trece hasta catorce años, que se decía Fran-

cisca de Pamenes, de harto buen parescer, y un muchacho muy bonico, de edad de nueve hasta diez años, y antes de esto había tomado una hija del pagador Ochoa de Çalaya, doncella de doce hasta trece años, bien hermosa, y se las llevó al Acesgar, donde el Rey tenía sus tiendas.

Desta manera los tuvieron en aquella nao cuatro días, con decirles que en habiendo tiempo se irían todos, y en este tiempo ya Juan de Milán tenía por suya la carabela portuguesa que el Rey le había dado, y en ella había mucha gente de la de Bugía, que no cabían en la nao.

De la profanación que se hizo en Bugia en la iglesia que allí había.

Según la cuenta que dan algunas personas que escribieron los actos y cosas de Bugía y su destrucción, dice el autor de esta obra, que el segundo día después que los turcos hobieron entrado en la fortaleza mayor de Bugía, se juntaron ciertos morabitos, que son entre aquella nación tenidos por hombres sanctos, como acá entre los cristianos son los obispos y perlados de la Iglesia, y entre ellos el principal fué uno que se decía Cidi el Hax; este es el que había llevado cativo á Tomás del Castillo, alférez de la gente de pie de Bugía, como arriba está dicho. Este Cidi el Hax había venido muchas veces con mucha gente de pie y de caballo á correr la tierra de Bugía, y había hecho algunos daños y muertes en la gente que en ella residía, y había ido en romería, según se decía, á la casa de Meca, adonde dicen los moros y turcos que está el cuerpo de Mahoma sepultado, cuatro ó cinco veces, y cada vez que venía de allá tenía de costumbre de juntar gran número de moros, y venía á Bugía á correr el campo, y era muy amado del rey de Argel y de todos los turcos y moros de aquella tierra, y no se hacía más de lo quel quería, porque era hombre guerrero contra los cristianos.

Este principalmente entró en Bugía y entró en la iglesia y derrocó un crucifijo grande que allí había, y hízolo hacer pedazos y echarlo en la calle, y deshizo todo el retablo y imágenes que había en la dicha iglesia, la cual estaba bien aderezada y reparada de las cosas necesarias, y tomó una imagen de nuestra Señora

que allí había grande y muy linda, y hízola entregar á los alarbes y moros y renegados y otra gente que iban con él, y colgáronla del rollo y á pedradas la hicieron pedazos, y algunos dicen que unos judíos y alarbes, la quemaron, y habiendo hecho esto mandó el morabito que desenterrasen todos los cuerpos que había dentro de la iglesia, de medio año á aquella parte, y los mandó echar en la mar, y lo mismo hizo en el monesterio de Santo Domingo y Nuestra Señora de la Vitoria, y mandó derrocar y descomponer los altares y allanar toda la iglesia, y mandó cavar la tierra del suelo de la Iglesia tan hondo como hasta la rodilla y echarlo todo á la mar, y mandó traer de fuera de la fortaleza otra tanta tierra virgen y echada en la iglesia por suelo, y mandó rapar todas las paredes, que estaban blancas, por la parte de dentro, y mandólas tornar á blanquear de nuevo, y por la parte de fuera toda á la redonda hasta un estado, y mandó derrocar las campanas y cruces que había, de manera que en ella no quedó cosa más de las paredes, de como los cristianos la tenían, y donde estaba el altar mayor, después de allanado todo, mandó poner una silla á la morisca donde se asentase el cacizo Alfaquí para los libros de la Zuma y Alcorán, y mandó luego hacer el Zalá con mucha solenidad, á la cual fué el Rey con todos los turcos y renegados que se hallaron con él, y allí, este Cidi el Hax, gran morabito, les leyó las liciones y cerimonias del Alcorán, á la costumbre de los turcos, y maldijo y profanó aquella iglesia con todas las cosas que los cristianos en ellas tenían y la redujo é constituyó en mezquita de turcos y moros, haciendo en ella sus cerimonias como morabito santo, á la usanza turquesca y morisca, por manera que la iglesia que antes solía ser templo donde Dios se servía y solemnizaba por los cristianos, quedó hecha de allí adelante mezquita adonde los turcos y moros sirviesen al diablo, y todo esto vieron algunos cristianos que allí quedaron cativos, y algunos renegados que iban con el Rey, pesantes de ver esto, que dello dieron testimonio.

De como á cabo de cuatro días que los de Bugia estaban embarcados los tomaron por cativos, y lo que mas acaesció.

A cabo de cuatro días que el Capitán D. Alonso de Peralta estaba embarcado en una nao con toda la gente que le había quedado, pensando venir en España en libertad con todos ellos, como estaba en los capítulos, habiendo en todo este tiempo hecho la guardia la galera de los turcos, luego por la mañana vino á la nao el Alamí del Rey con ciertos turcos, y dos turcos comenzaron á llamar al Capitán y al Veedor Lavado, los cuales salieron del navío á las barcas de los turcos, y de allí llamaron á los demás que les paresció escoger, para que se apartasen de la otra gente para ir á España, y se fueron á embarcar en una saetía, y también hicieron embarcar á Luis Godínez y á los suyos, y á la mujer del Veedor Bartolomé Lavado, y á la mujer de Tabladillo y á la mujer de Ochoa de Çalaya, que estaban en la dicha nao, y los apartaron en una saetia que estaba junto al reparo que decían de Don Luis, y á todos los demás que estaban en la dicha nao, los hombres llevaron á las galeras de los turcos que á la sazón estaban surtas en el río, que eran trece, como dicho es, entre galeras y galeotas, y á las mujeres y niños los llevaron á las tiendas del Rey, que allí se vido aquella mañana apartar las mujeres de sus maridos y los hijos de las madres y padres, con gran lloro que hacian, que era gran lástima de verlo, y al tiempo que los sacaban de la nao, les quitaban todo lo que les hallaban, hasta mirarles sus vergüenzas buscándoles los dineros, y aquel día fué de gran quebranto y lloro para los de Bugía, y maldecían al Capitán y Veedor y á los otros consejeros, llamándolos á voces de traidores que los habían vendido á sus enemigos con engaño, y porque no los dejaban morir peleando.

Este día se pasó en llevar los cativos á las galeras y las mujeres y niños á las tiendas del Rey, y el Capitán y los otros que escogió para que viniesen con él, se fueron á la carabela de Juan de Milán, en la cual después vinieron á España, y al tiempo que el Capitán se partió de la nao para apartarse de los otros, era cosa de ver lo que el Contador le dijo, repitiéndole lo que había hecho,

que por no ser prolijo no se pone aquí, que cierto, él le trató tan mal de palabras feas, que no son para parescer delante de gentes, mostrando contra él tan grande enojo, que se cree que si tuviera armas hiciera algún desconcierto, y á todo el Capitán no le respondió palabra más de decirle que tenía razón, y habiendo entendido el Contador que se venía á España le dijo:

«¿Adonde vais, señor don Alonso, dejándonos á todos cativos y las fortalezas perdidas? ¿Pensais que están en España los bollos colgados para vos? Pues yo os desengaño que en siendo allá pagaréis lo que habéis hecho por vuestra cabeza; por eso, mirad lo que hacéis; guardaos del diablo.» Y el Capitán respondió: «Señor, yo no me quiero ir y me quiero quedar con vosotros, porque fuí engañado, que si yo pensara que esto había de ser, antes muriera defendiendo á Bugía que no entregarla á los turcos.» Y el Contador le dijo: «¿No os avisé yo á vos muchas veces desto, mas vos nunca me quisistes creer, por hacer placer á vuestros amigos, que os han echado á perder por salvar ellos las vidas y haciendas?» Y pasaron otras muchas cosas que aquí no se ponen por lo dicho, y verdaderamente podré decir que si el Contador Pamenes tuviera algún mando sobre la gente y hubiera una docena de hombres como él, ó se hiciera lo que él ordenaba y decía, se cree y tiene por cierto que Bugía se salvara, porque era cosa maravillosa de ver cuán determinado estaba en lo que vía que convenía á la defensa de aquella fortaleza, más en todos ellos no hubo nadie que se allegase á su parescer, antes todos los que había en Bugía le eran contrarios, al parescer de las gentes, y se guardaban dél los que hablaban al Capitán para que hiciese partidos con el Rey de Argel, y de ver esto el que hizo esta relación, ha querido hacer aquí minción de algunas cosas que allí hizo, paresciéndole que un hombre que entre tantos se mostró más constante que ninguno, era razón hacer aquí particular minción dél.

De unos moros de la tierra que se habían tornado cristianos en Bugía.

El primer día que el Rey de Argel entró en Bugía, mandó sacar todos los esclavos, así cristianos como moros para que sus

parientes que allí estaban los llevasen á sus tierras, y así fueron todos sacados de Bugía, así hombres como mujeres y muchachos, y mandó que los entregasen á los moros comarcanos de Bugía, porque ellos se lo pidieron y así se hizo, y algunos dellos, que eran cristianos se tornaron luego moros, y acaesció que uno que decían Bartolomé Perez, y otro que llamaban Carrillo y otro que se llamaba Nicolás y otro muchacho, hermano del dicho Bartolomé Perez y una moza que llamaban Catalina, que era de uno que se decía Francisco de Baena, y una muchacha, hija del dicho Carrillo, no quisieron tornarse moros, por muchas dádivas que les prometieron ni por muchas amenazas que les hicieron, diciendo que ellos eran cristianos y así habían de morir.

Visto esto por los moros, hiciéronlo saber al Rey, y él les respondió que hiciesen de ellos lo que quisiesen y así mandaron juntar algunos que estaban en duda de tornarse moros y delante dellos los ataron y los apedrearon y después de hechos pedazos los quemaron, los cuales murieron con tanto ánimo y voluntad, llamando á Nuestra Señora, que fué cosa de gran admiración la constancia y firmeza que tuvieron, diciendo que eran cristianos, habiendo poco que se habían convertido, y algunos destos convertidos estuvieron cristianos muchos diciendo á los parientes que ellos ya eran moros.

Después de haber tornado el Rey á Bugía mandó luego á los maestros que estaban entendiendo en la fortificación, que luego comenzasen á entender en levantar lo que se había derrocado del castillo mayor, y así hizo venir muchos moros para que limpiasen la Cava y ayudasen á trabajar en la obra, y estuvo allí quince días después que la hubo ganado, reparando la cerca y proveyendo lo que era necesario, así para la fortificación como para todo lo demás, y á cabo deste tiempo, dejando allí un alcaide con trecientos turcos renegados para la guarda, y muchos moros para el trabajo de las obras, se partió por tierra con su gente de caballo, y las galeras con los cativos fueron derechas á Argel, y dió al Capitán de Bugía ciento y catorce hombres que fuesen con él á España, y decía el Rey que el Capitán, con los demás, en llegando á España, el Rey les había de mandar cortar las cabezas, porque se habían rendido como gallinas, y los ciento que le dió

fueron todos viejos y heridos, y los catorce el Capitán los escogió á su voluntad, es á saber: á Bartolomé Lavado, teninte de Veedor, y su mujer, y á Ochoa de Çalaya, teninte de pagador, y su mujer, y á Juan de Milán, y á Diego de Barcena, y á Cristobal de Tabladillo, y su mujer, y á Luis Godinez, y á Diego de Santiago, y los criados y oficiales de Luis Godinez, y á Alonso Sánchez Crespo, y á Domingo de Alcibar, pagador, que estaba dolinte, y otros de que no se hace memoria; y el Capitán quisiera llevar al Contador, según se decía, y el Veedor y los que con él iban, consejeros suyos, le dijeron que en ninguna manera lo llevase, porque en llevarle llevaba el cuchillo con que los degollarían, porque conocían que sólo él había acertado, y así lo dejó cativo con su mujer y cinco hijos, y dende á cinco días que el Rey tomó por cativos á los de Bugía y dió licencia al Capitán y á los que habían de ir con él, el Capitán se partió de Bugía en la carabela que el Rey dió á Juan de Milán y aportaron á Alicante en pocos días, y la mujer de Ochoa de Çalaya y muchos de los heridos que traía, murieron antes de llegar al puerto, según después se supo con verdad, y desta manera se perdió Bugía con toda la gente que en ella había, por falta de buena cabeza y por malos consejeros que tuvo el Capitán, porque en Bugía había muchos escuderos honrados, y vizcainos que habían pasado en el galeón de S. M., personas honradas y valerosas que osaran pelear y perder las vidas por defender la fortaleza si hubiera quien los mandara y rigiera como convenía, más esto faltó al mejor tiempo, como está dicho, sin dar parte á estos que digo lo hicieron como ya está contado, de lo cual no se podían escusar de gran culpa el dicho Capitán y tiniente de veedor y los otros que votaron para que se entregase la tierra.

Luego que el rey de Argel hobo sacado la gente de la nao para enviarlos cautivos á sus galeras, y las mujeres y niños á sus tiendas, hizo recoger todo lo que había en la nao, que fué mucha ropa de particulares y dinero, y llamó los jeques y alcaides que habían venido con él, y les dió muchas mujeres y muchachos y muchachas y mandó hacer almoneda de toda la ropa, que fué cosa de no creer los atavíos y ropas que se hallaron en Bugía, de que se sacó hartos dineros, y se partió para Argel rico y victorio-

so por tierra, con mucha gente de caballo y de pie, y los trece navíos se partieron luego y llevaron todos los cativos á Argel, los cuales llegaron en tres días y cinco antes que el Rey llegase, y como fueron llegados, luego desembarcaron los cativos, y para verlos se juntó toda la gente de Argel y muchos moros y alarbes de la tierra á verlos desembarcar, y todos se pusieron en orden por las calles, y los cativos pasaron por medio, y al pasar hacían los moros y moras tan grande algazara diciendo *yvyn* en su lenguaje, dando gracias á su profeta Mahoma, y muchos dellos los escupían dicindoles de perros, y así pasaron hasta el Baño, que es la prisión do el Rey tiene sus cativos, y hasta la casa del Rey, donde fueron las mujeres y niños, y venido que fué el Rey, tornó á dar muchas mujeres y niños á los alcaides y jeques de la tierra que habían venido con él, y dende á siete ó ocho días, vino el rey del Cuco con mas de mil y quinientos moros, sus vasallos, á dar la obediencia al Rey de Argel, y le trajo cierto presente, y el Rey de Argel le envió su gente de guarda y su música á recebirle, sabiendo que ya venía, y así entró en Argel con gran triunfo y el Rey de Argel lo rescibió muy bien, y presentó cuatro cristianas y quedaron amigos, hasta que el Rey de Argel murió.

Muchas cosas se supieron en Argel después que la gente de Bugía fué llevada allí, las cuales decían los alcaides turcos y algunos soldados especialmente lo que está dicho de Juan de Milán, y también se dijo que los que fueron de voto y parescer que Bugía se entregase á los turcos, que fueron el tiniente de Veedor, Lavado, y Ochoa de Çalaya, tiniente de pagador, en cuyo poder estaban los dineros de las pagas de Bugía y la Goleta, que estos habían tomado de los dineros de las dichas pagas en harta cantidad, y los habían repartido entre Diego de Barcena y Cristobal de Tabladillo, su hermano, y Tomás del Castillo y Melchor Alvarez y los suyos, sus consortes, y para sí mismos habían tomado la mejor parte, diciendo que como el Rey de Argel los había de llevar después que hobiese entrado en la fortaleza, más valía que los llevasen ellos para remediarse con ellos, teniendo intendido que venían todos en libertad con el Capitán á España, y desto daban testimonio algunos soldados que los habían visto repartir, especialmente uno que decían Zancarrón, que era como paniaguado del paga-

dor, que decía que él mismo había llevado los dineros que así habían repartido, á la carabela en que vinieron á España, que el Rey había dado al dicho Juan de Milán.

De cómo á cabo de dos meses y medio que la gente de Bugía fueron llevados á Argel, el Rey llamó al Contador, y lo que en esto pasó.

A cabo de dos meses y medio que Bugía era perdida y la gente della llevada á Argel, como arriba está dicho, los soldados que habían cativado en la toma de Bugía, en el Baño y prisión donde estaban, tenían diferentia unos con otros, en que los unos decían que por culpa del Capitán y Veedor y de otros se habían perdido, y otros decían al contrario, y entre otras cosas decían, que si al Contador Pamenes le creyeran y se hiciera lo que él quería, que no se perdieran así como se han perdido, y sobre esto porfiando unos con otros, daban voces tanto, que los turcos guardianes del Baño lo hubieron de entender y preguntaron á los cativos que porqué reñían, y algunos les dijeron lo que pasaba, y como el Contador, estando en Bugía al tiempo que el Rey estaba sobre ella, queriudo el Capitán entregársela, se lo había contradicho y le había dicho muchas veces que no se diese á ningún partido, y que si esto hicieran que pudiera ser que se defendieran, y que cuando el Rey había entrado á la casa del Pagador á apoderarse de la moneda que allí estaba, el Contador había pedido gente al Capitán para prenderle á él y á sus alcaides, y los turcos sabido esto fueron al Rey y contáronselo, y el Rey dicen que se enojó de oirlo y envió un *Chauz* á llamar al Contador, y como fué ante él, decían muchos turcos que mandó al *Chauz*, que es como verdugo, que estuviese detrás del Contador, y le preguntó mostrándose enojado que le dijese si era verdad que estando él en Bugía había dicho al Capitán que no le entregase á Bugía, y que el Contador le había respondido, que los buenos cristianos tenían de costumbre decir la verdad á Dios y al Rey, y que como á Rey y señor suyo, que entonces era, determinaba decirle verdad, y entonces dijo, que él estaba en Bugía sirviendo al Rey de España, cuya era aquella fortaleza, y si él hubiera de hacerlo como

Alcaide y Capitán del Rey de España, él se la defendiera hasta morir, y que era verdad que muchas veces había requerido y aconsejado al Capitán que no se diese á ningún partido y que determinase de defender la fortaleza hasta morir y que si otra cosa hacía, que por ello el Rey de España le castigaría en la persona y bienes, y que por haber hecho esto en servicio de su Rey, no merescía por ello se le hiciese mal tratamiento, y que pues su Alteza era hombre de guerra y sabía y entendía que los que hacen lo que deben no merecen pena, no le culpasen por esto, y que el Rey se lo estaba mirando, bajada la toca, y que en esto había vuelto la cabeza á mirar al Alcaide Azán, y que el Alcaide, bajando la cabeza le había hecho cierta seña con el gesto, y que entonces el Rey le había tornado á preguntar que si había él de pelear con toda su gente, y que el Contador le había respondido que si fuera el Alcaide de Bugía, que á lo menos, primero que entrara dentro no le había de quedar hombre vivo, y que cuando mas no pudiera matara todas las mujeres y niños y viejos y quemara cuanto había en Bugía, y saliera á la muralla á morir con los que le quedaran, y que á esto el Rey había vuelto otra vez la cabeza al Alcaide Balí, y que el Alcaide había meneado la cabeza, y en todo este tiempo, siempre el *Chauz* estuvo quedo á las espaldas del Contador Pamenes, y decían después los alcaides que fué maravilla como el Rey no le había mandado cortar la cabeza por hablarle tan osadamente, y que luego el Rey le había tornado á preguntar, que si era verdad que cuando él había bajado con sus alcaides á la casa donde estaba la moneda, él había pedido gente al Capitán de Bugía para entrar en la casa y prender su persona y los suyos que iban con él, y que el Contador le había respondido que era verdad que lo había hecho y que el Capitán no le había querido escuchar ni dar gente para ello, y que el Rey había estado un rato sin hablar, mirándole, y tornando á mirar á los alcaides que estaban allí mirando lo que pasaba, sin hablar palabra, y que luego el Rey le había tornado á preguntar, que si el Capitán le diera la gente que pedía y lo prendiera, que hiciera de su persona y de los que estaban con él, y que el Contador había respondido, que luego los pusiera á buen recaudo y que á su persona él hiciera todo el servicio que pudiera, como á Rey, y que

le apremiara á que luego mandara apartar toda su gente de la muralla y los mandara volver á Argel y dejasen libre á Bugía, y que después hiciera con él el mejor partido que pudiera, y que entonces el Rey había alzado el dedo pulgar, dicindo, «á fé de Deu tu beno no tener paura, á mi hacer bien para tí,» y luego dijo al *Chauz* que estaba á las espaldas del Contador, que se fuese de allí, el cual hasta entonces había estado esperando lo que mandaba hacer del Contador Pamenes y todos pensaban que le mandara cortar la cabeza, según se había mostrado enojado cuando había enviado á llamarle, y como fué ido el *Chauz*, el Rey preguntó al Contador que como estaba flaco y que él le había respondido que había estado muy malo, poco había, y también que no tenía una *burba* para comprar pan, y que entonces el Rey le había mandado dar diez doblas y que le había dicho que comprase un matalazo y mandádole dar dos mantas moriscas nuevas, y que así le había despedido dicíndole que cuando hubiese gastado aquello él le daría más, y decían muchos alcaides que allí se hallaron, que todos pensaban que el Rey le mandara cortar la cabeza, porque al tiempo que le había mandado á llamar le habían oido decir que se lo había de pagar, y que para ello había mandado esperar al *Chauz*, que es como verdugo, como ya está dicho, y que después de ido de allí el Contador, el Rey decía que era buen hombre y que tenía buena testa, y que deseaba que se tornase turco para traerlo consigo, y que dende á pocos días había enviado al Alcaide Hazán para que de su parte le rogase que se tornase turco y que le daría una alcaidía de las mejores, y el Alcaide Hazán habia ido y hablado con él y que el Contador le había respondido que aunque le diese cuanto estaba debajo del sol, no se tornaría turco, y que dijese al Rey que en aquel caso no le mandase más hablar, que antes consentiría morir, y que de hombre que negase su ley nunca confiase nada, y que el Alcaide Hazán le había dicho que él no diría aquello, porque él también había sido cristiano, y que así se había ido, y contado al Rey lo que le había respondido, y quel Rey mostró pesar dello, y esto fué muy averiguado porque muchos alcaides que allí se hallaron, lo contaron á otras personas, renegados y cristianos y en Argel decían los turcos á los de Bugía que eran gallinas y que entre

todos no había habido más de un gallo, que había sido el Contador, y que esta palabra la habían oido decir al Rey, y que también decía que el Capitán don Alonso y á los que habían ido con él, el Rey de España les había de mandar cortar las cabezas en llegando, y porque al autor de esta obra le ha parescido que por olvido, antes de agora no había dado razón ni cuenta á los que esta relación hobieren de leer, del artillería y municiones y otros pertrechos que el Rey de Argel llevó sobre Bugía, por no haber podido alcanzar hasta agora la certenidad dello, pone aquí lo que alcanzó á saber dello, en la forma siguiente.

Llevó el Rey de Argel sobre Bugía cuatro piezas de fuslera, dos cañones reforzados y dos pedreros que pesaban ciento y cincuenta quintales cada uno, y los reforzados tenían de pelota de hierro colado setenta y tres libras, y los pedreros pesaban las pelotas que tiraban de piedra ciento y quince libras.

Llevaba más otras tres piezas, que la una pesaba ciento y treinta quintales y las dos á ciento y veinte cada una. Llevaba otros dos cañones, que el uno pesaba noventa y cinco y el otro noventa y tres, según por la cuenta y grandor dellos parescía.

Con estas nueve piezas dió batería al castillo Imperial y al castillo mayor de Bugía; dicen algunos, y así paresció ser verdad, que demás destas nueve piezas arriba declaradas, llevó otras doce más pequeñas, y que destas no se sirvió en aquella jornada, ni se desembarcaron, las cuales dichas nueve piezas gruesas, el Rey de Argel hizo fundir en Argel á un gran maestro artillero que allí tiene, y al tiempo que las fundía decía y echaba fama que las quería para ir con ellas sobre Orán y Bugía, y en Bugía se supo esto dos años antes que el Rey fuese sobre ella y no se hacía caso dello, pensando que nunca fuera, lo cual es gran yerro de los Capitanes que están por alcaides en fronteras de enemigos, oyendo que su enemigo se pertrecha para venir sobre él, no apercibirse y proveerse para resistirle cuando viniere, y no hacer poco caso de los peligros que le puedan suceder, porque á los tales les acaesce fácilmente caer en ellos, como acaesció al Capitán de Bugía y á otros que en semejantes negocios se han descuidado.

Después que el Rey de Argel hobo tomado á Bugía, como está dicho, hizo juntar sus morabitos y adivinos, como suelen hacer

los reis de Argel cuando les acaesce algún caso próspero, para que aquellos, según sus artes diabólicas, les digan y aclaren lo que adelante en ello les ha de suceder, y juntados que los hubo les preguntó que qué suceso hallaban en lo de Bugía y ellos le respondieron que ellos hallaban por sus artes que él había de tomar á Bugía como la había tomado y que presto la tornaría á perder para siempre, y tomando crédito desto, temiendo que enojado S. M. vernía con su ejército sobre él y se la tomaría, no haciendo caso de defenderla, mandó sacar toda la artillería que allí había y la mandó embarcar y llevar á Argel, dejando solamente siete piezas medianas en el castillo mayor de Bugía y tres en el Castillejo, y así mismo mandó llevar todo el trigo y harina que había, y otras municiones, y cuatro campanas que había, y todo lo mandó llevar á Argel.

Muchos inconvinientes y grandes ocasiones se han hallado por donde paresce claro esta fortaleza de Bugía haberse perdido como se perdió, y el primero y más principal, fué haberse dejado el castillo Imperial como se dejó, como arriba está declarado, porque éste era llave y defensión de toda aquella tierra, y esto fué dar mayor ánimo á los turcos para acometer y tomar todo lo restante, porque si éste se defendiera y no se dejara, como se dejó, de puro miedo, no le osara el rey de Argel acometer ni dar combate de manos hasta tanto que lo hubiera allanado por el suelo, porque sabía questaba todo contraminado desde los cimientos y tenía gran temor él y su gente que los cristianos que estaban en el castillo los quemarían con pólvora por de dentro de aquellas minas, y esto se supo en Argel de muchos turcos y renegados que se habían hallado con el Rey en el cerco de Bugía, de los cuales se conoció tener pesar por haberse perdido aquella tierra, de manera que paresce claro inconviniente haberse dejado como se dejó, hasta tanto que el Rey por fuerza le tomara después de haberle derrocado, porque allí gastara primero la pólvora y municiones que traía y no tuviera después con qué batir los otros castillos, y así no se perdiera aquella tierra como se perdió. Lo segundo por haber en los dichos castillos de Bugía mucha gente desaprovechada y no experimentada en la guerra, los cuales mostraban tener mucho temor y andaban como espantados. E tercero

fué haber el Capitán don Alonso Carrillo de Peralta perdido parte del juicio que tenía, por el mucho trabajo á que se dió, como arriba está dicho, porque á estar él en su natural juicio, como antes, nadie le osara hablar en que hiciese ningún partido con el Rey para entregarle á Bugía, y con esto fuera posible defenderse de los turcos con la gente que tenía, porque cuando estaba en sano juicio, era hombre animoso, tanto que le sobraba, más después que cayó en aquella falta, vino en estado de llorar como niño, como está dicho. Lo cuarto fué los malos consejeros y asesores que tuvo al tiempo que se entregó la fortaleza, que fueron Bartolomé Lavado, tiniente de Veedor, que era el más principal en el mandar la gente, después del Capitán, y los otros sus consortes, como arriba está dicho, porque si este fuera el que debía, sólo él bastara á traer al Capitán á todo buen propósito, porque en aquella sazón el Capitán no hacía más de lo que él quería, y así fué bastante con sus amigos á mover al Capitán á que hiciese el yerro que hizo en la entrega de Bugía, y esto es así mucha verdad y lo dirán los que allí se hallaron, queriendo decir verdad. También hobo otro inconviniente, que fué deservicio de S. M. y daño de la fortaleza, que mucha parte de los soldados estaban descontentos por no habérseles hecho la paga que les había venido en el galeón, y desto tuvieron la culpa el tiniente de pagador y tiniente de Veedor, que por averiguar sus cuentas y trapazas con la gente, dilataron la paga hasta que se perdió todo, y ellos de razón serían obligados á pagarla al Rey, ó á los soldados, teniendo de qué.

Muchas otras cosas acaescieron que aquí no se ponen por evitar proligidad, y también porque muchas personas han enviado en España la razón desto, unos más y otros menos, cada uno según lo que vido y entendió, y según su habilidad y aire, y con ésto se hace fin á esta obra, después de haber sido bien vista y comunicada con personas á quien se pueda dar todo crédito, cuyos nombres no se ponen aquí porque los más son muertos, y hace poco al caso poner aquí sus nombres, porque esto no se hizo para más de que se supiese la verdad de lo que pasó en la pérdida de Bugía, la cual se comenzó en Bugía estando obsesa del rey de Argel, que se llamaba antes que fuese rey Azal Arraez, y después que fué proveido por rey de Argel, se nombró Azal Haxan;

después de habida verdadera relación de muchos turcos y alcaides y renegados que se hallaron con el Rey en el cerco de Bugía y de algunos cristianos que estaban en el Baño cativos, y se acabó en Argel á diez y nueve días del mes de Agosto del año de 1558 años. En este año hubo grande pestilencia en Argel y su tierra, de la cual y deste cautiverio nos quiera librar Nuestro Señor y Salvador Jesu Cristo, qui in trinitate perfecta vivit et regnat cum Patre et Spiritu Sancto in secula seculorum, amén.—Finis.»

En 29 días del mes de setiembre del año del nascimiento de Ntro. Salvador Jesu Cristo, de 1555 años, que fué día de Sant Miguel, fueron entregadas la cibdad y fortalezas de Bugía á Azal Bajáu, bey, rey de Argel, la cual entregó don Alonso Carrillo de Peralta, Alcaide y Capitáu dellas, de su propia voluntad y con voto y consentimiento de Bartolomé Lavado, tiniente de Veedor de las dichas fortalezas, y de Ochoa de Çalaya tiniente de pagador, y de Alonso Sanchez Crespo, Capitán del campo, y de Diego de Bárcena, alférez de la gente de caballo, y de Cristóbal de Tabladillo, su hermano, y de Tomás del Castillo, alférez de la gente de pie, y de Juan de Milán, mercader, y estos son los principales que votaron y dieron parescer que la dicha Bugía se entregase á los turcos; también á la sazón estaba allí Luis Godínez, que había ido por visitador, el cual no quiso votar con los otros, poniendo por escusa que el Rey le mandaba que no se entremetiese en las cosas de la guerra, como arriba está dicho; también estaban otros muchos escuderos y soldados, que no hicieron caso dellos para este negocio, los cuales votos y entrega defendió y contradijo Felipe de Pamenes, Contador que á la sazón era en la dicha Bugía, con todo su poder y fuerzas, como arriba está dicho, y como se halló solo deste parescer, no fué en su mano poder estorbar que no se hiciese la dicha entrega. También fué vista y recopilada esta obra por el Rdo. P. Fr. Gregorio Manjarrés, vicario del Monesterio de San Vicente Ferrer de Bugía, de la Orden de Predicadores, el cual se halló presente á todo lo aquí contado, así en Bugía como en Argel, estando cativo, y la aprobó por verdadera y la firmó de su nombre, en 22 días del mes de Agosto, año supradicho.—Fr. Gregorio Manjarrés, Vicario.

Cumplióse el vaticinio del Contador Pamenes. El 4 de Mayo de 1556 subió D. Alonso Carrillo de Peralta al cadalso en la plaza mayor de Valladolid, y al degollarle voceó el verdugo: «Esta es la justicia que el Rey manda hacer con este hombre por no haber cumplido las obligaciones de soldado».

Madrid, 25 de Septiembre de 1896.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

II.

ESTUDIO SOBRE LA ORGANIZACIÓN Y COSTUMBRES DEL PAIS VASCONGADO, CON OCASIÓN DEL EXAMEN DE LAS OBRAS DE LOS SEÑORES ECHEGARAY, LABAIRU, ETC.

7.

La creación de las hermandades, así en Guipúzcoa como en Álava, Navarra y Vizcaya tuvo especial importancia, porque de ellas nació la legislación común de cada una de aquellas provincias; pero á pesar de cuanto pretenden sus panegiristas, resulta, por lo dicho, evidente que las tales hermandades no tuvieron existencia legal, sino por la aprobación y la confirmación de los monarcas de Castilla, y que los preceptos ó si se quiere leyes que formaban cada uno de estos fueros, que llamaremos generales, no fueron escritos hasta muy entrado el siglo XIII, según consta por declaración de los mismos interesados al dirigirse al rey D. Alonso XI, los procuradores de la provincia de Alava; y según testimonio, no menos auténtico, ya fué muy entrado el siglo XV cuando Gonzalo Moro, después de una junta celebrada en la iglesia de Guetaria, redactó los de Guipúzcoa. Debe tenerse presente que la formación de dicha Junta no era debida ni traía su origen de un derecho político reconocido y sancionado, ni por ley ni por anteriores costumbres. La Junta de Guetaria, com-